

BOLSILIBROS
BRUGUERA

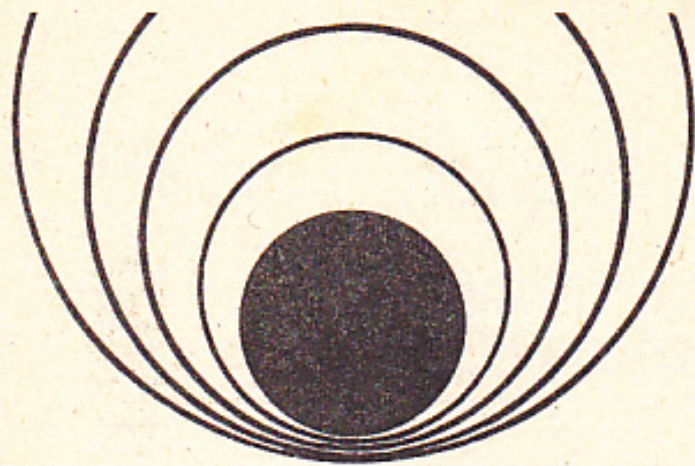
PUNTO
ROJO

BUSCANDO AL PEZ GORDO

Ralph Barby

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



RALPH BARBY
BUSCANDO AL PEZ GORDO

Colección PUNTO ROJO n.º 1000
Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838. — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS;

734. — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881. — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE.

585. — Colt a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.596. — Chantaje entre tiburones.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.309. — Un forastero de Texas.

En Colección PUNTO ROJO:

986. — ¿Le apetecen unos millones de dólares?

En Colección ASES DEL OESTE:

647. — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351. — La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85. — Una bala para un Colt.

ISBN 84 02-02520-X Depósito legal: B. 13.334 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio. 1981

© Ralph Barhy - 1981

Texto

© Enrique Martín - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1981

CAPITULO PRIMERO

El vigilante arrugó la nariz; lloviznaba ligeramente y acababa de ponerse encima el grueso impermeable plastificado para hacer la ronda.

El Industrial Laboratory Biological W. Company no era una gran factoría; constaba de un edificio de seis plantas, dos almacenes con estacionamiento para vehículos y un margen de terreno libre rodeando los edificios.

Una alta valla de tela metálica cercaba todas las instalaciones que daban a dos calles, por lo que el complejo dedicado a la fabricación de productos biológicos formaba una gran esquina y podía verse a distancia por otras empresas o edificios que se hallaban al otro lado de la vía férrea.

—¡«Logy», «Logy»!

El doberman, un ejemplar de gran tamaño, fiero y vigilante, no respondía.

El guardián, con la linterna en su mano, se acercó a la caseta donde se guarecía el perro.

—«Logy», «Logy», ¿qué te pasa?

El animal semejaba dormido y aquello le pareció muy extraño al guarda.

—¿Qué te pasa, «Logy», te has puesto enfermo?

Se acuclilló frente al perro y le movió la cabeza, pero éste no respondía.

—Tendré que pedir que te vea un veterinario.

No había señales de que el animal hubiera recibido ningún golpe ni manchas de sangre.

Lo inspeccionó con la linterna y al comprobar que el animal respiraba, se tranquilizó.

El ruido del motor de un coche acercándose y deteniéndose frente a la entrada de vehículos llamó su atención y se volvió hacia él

Observó que los faros del automóvil se apagaban, luego se encendían y volvían a apagarse.

—Eh, ¿quiénes son ustedes? —interpeló en voz alta, yendo en aquella dirección mientras desenfundaba su revólver para no dejarse sorprender.

Tuvo la impresión de que algo crujía tras él.

Se volvió, pero ya era tarde.

Un objeto contundente le golpeó en la sien con violencia asesina.

El vigilante cayó al suelo sin llegar a ver a su atacante que, por otra parte, llevaba la cabeza cubierta con una capucha.

El encapuchado, para asegurarse, volvió a golpearle en la cabeza con el bat de béisbol que llevaba consigo, un bat que se manchó de sangre mientras los huesos crujían, partiéndose y clavándose en la carne.

Le quitó las llaves, fue hasta la puerta y abrió la verja.

—¡Rápido! —apremió.

—¿Está quitada la alarma? —preguntó uno de los tres hombres que ocupaban el automóvil.

—Sí, aprisa.

El coche entró en el recinto de aquellos laboratorios dedicados a la fabricación de productos químico-biológicos.

El encapuchado que golpeará al guarda hasta partirle el cráneo cerró la puerta y siguió al automóvil corriendo.

—Hay que trabajar rápido —dijo el que parecía mandar el grupo que acababa de llegar a bordo del coche. Todos iban encapuchados y portaban armas consigo.

Formaban un equipo perfectamente conjuntado.

Dos de ellos corrieron hacia los sótanos del edificio donde había una serie de instalaciones y comenzaron a cerrar ventanas y a cubrir los agujeros de aireación con papel de celulosa pura, pegándolo con cinta adhesiva,

Cubrieron todas las ranuras mientras sus otros dos compañeros se hacían con una larga manguera de seis pulgadas que conectaron al tanque de propano instalado en el exterior, al aire libre, introdujeron aquella manguera en el sótano.

—¿Estáis listos? —preguntaron desde el exterior.

—Sí, ya podéis darle al gas —les dijeron.

—Ve tú y abre la espita de la manguera —ordenó uno de los encapuchados mientras sus compañeros abandonaban el sótano.

Mas uno de los que allí estaban dejó un artilugio electrónico sobre una mesa, un artilugio que comenzó a dejar oír su tic tac, tic-tac, tic-tac...

Otro abrió una espita que suministraba gas propano a los quemadores de las calderas de reacción y autoclaves instaladas en aquel sótano.

Comenzó a olerse a gas.

Cerraron la puerta y abandonaron los sótanos.

Ningún sistema de aireación funcionaba en aquellos momentos como era normal que funcionasen, ventilando las instalaciones para que no se produjera ninguna acumulación de gas.

—Vamos, hay que traer al guarda.

Dos encapuchados se acercaron adonde debía estar el vigilante y miraron en derredor sin verlo.

—Maldita sea... ¿No estaba muerto?

—No debe andar lejos, estoy seguro de que le he partido la cabeza.

Increíblemente, el guarda se había arrastrado hasta la caseta del perro y allí había quedado, inconsciente.

—No ha podido más el hijo de perra —masculló uno de los encapuchados, asestándole un puntapié al guarda.

—Ten cuidado, no se vaya a despertar esa bestia negra de perro y tengamos más problemas. No debe quedar ninguna huella de nuestro paso por aquí.

Cogieron al guarda por los brazos y los pies y se lo llevaron hacia el sótano, descendiendo las escaleras.

—Van a quedar manchas de sangre —dijo, malhumorado, uno de los encapuchados.

—¿Crees que las notarán cuando vengan a verlo? —preguntó el otro, irónico.

Dejaron al guarda frente a la puerta de personal que daba acceso al sótano.

Uno de ellos gruñó:

—Esto apesta a gas que asfixia.

—Déjalo en el suelo y vámonos.

—¡Tienes miedo! —se rió el compinche.

Afuera, uno de los miembros del grupo saboteador vigilaba el controlador de presión del tanque de gas.

Cuando lo creyó conveniente cerró la espita y desconectó la gruesa manguera de plástico flexible.

—Hay que recogerla y dejarla de nuevo en su sitio y aprisa, no queda mucho tiempo.

Enrollaron la manguera y entre dos la depositaron de nuevo en su lugar original.

Después los cuatro echaron a correr hacia el coche.

—¡Salgamos de aquí cuanto antes! —apremió el que conducía.

Los cuatro subieron al coche y se dirigieron a la puerta cuando el enorme y magnífico doberman despertaba dando cabezadas. Comenzó a ladrar con su potente voz.

El automóvil se detuvo frente a la puerta de salida y la abrieron. Seguía lloviendo suavemente.

El coche salió del recinto y el hombre que tenía las llaves cerró la puerta cuando pasaba un tren frente a ellos, dando un largo pitido. Sus ventanillas encendidas semejaban ojos en la noche. Pasó muy raudo y desapareció para internarse en la ciudad.

—¿Ya está? —preguntó el chófer.

La portezuela del auto se hallaba abierta.

El individuo que estuviera esperándoles dentro de los laboratorios se introdujo en el vehículo, llevando en sus manos las llaves

mojadas por la lluvia.

—Mañana ya veré el momento de echarlas entre los cascotes —dijo.

Se alejaron doscientas yardas y detuvieron el vehículo entre unos árboles.

—¿Funcionará? —preguntó el jefe del grupo.

—Seguro, lo he comprobado varias veces —contestó el responsable del pequeño artilugio electrónico.

—Sólo faltaría que no funcionara después de haberle partido la cabeza al guarda y llenado el sótano de gas.

—Si no hace: ¡baaaam! —comentó otro de aquellos hombres—, descubrirán que hemos tapado todos los respiraderos para que no escape el gas.

—De la celulosa no quedará ni rastro —le dijeron.

En aquel momento se produjo el gran estruendo.

La onda expansiva sacudió incluso al coche en que se hallaban pese a la distancia.

Una rapidísima llamarada surgió por los cuatro costados de la base del edificio mientras «Logy», el gran doberman, ladraba aterrorizado.

Ante sus ojos enrojecidos, el edificio de los laboratorios se hundió totalmente.

En escasos segundos se convirtió en una masa informe de cascotes y vigas retorcidas, envuelto todo ello en una gran polvareda.

Los cristales de las instalaciones fabriles de los alrededores saltaron hechos añicos.

El automóvil, que había estado esperando aquel momento, se puso en marcha de nuevo.

—Magnífico trabajo, muchachos —dijo el jefe mientras se alejaban.

No tardaron en cruzarse con un vehículo policial que, a toda velocidad y ululando ruidosamente su sirena, rodaba en dirección a los laboratorios siniestrados.

CAPITULO II

La noticia interesó hasta cierto punto a los noticieros matinales, incluyendo entre ellos a los periódicos, quienes dieron información acerca del derrumbamiento del Industrial Laboratory Biological W. Company.

Pese a las primeras noticias que habían saltado a las emisoras de radio y televisión, a media mañana aún había un buen número de periodistas en el lugar del siniestro.

—Hemos llegado tarde —rezongó Spencer.

Entre sus manos sostenía una telecámara de bolsillo, grabadora de video, último modelo japonés, sólo al alcance de especialistas.

Jeffrey J. Foxman estacionó el automóvil junto a la alambrada, pues no se permitía la entrada al recinto a otros vehículos que no fueran los de los bomberos o de la policía.

—No hemos venido a filmar los cascotes. A estas horas de la mañana ya es noticia vieja.

—Entonces, ¿qué quieres filmar?

—No lo sé; hay que andar siempre con el olfato bien húmedo para captar cualquier cosa que pueda ser interesante.

—¿Crees que puede salir de aquí algo más de lo que ya se ha dicho?

—Lo ignoro, Spencer, lo ignoro; pero si no hago un buen reportaje, no me lo compran los de la CBS, la NBC ni otras.

—La noticia del derrumbe por la explosión del gas propano ya ha corrido de costa a costa.

—Vamos, no gruñas más y sígueme.

Se dirigieron hacia la puerta.

Había allí algunos curiosos y a una cierta distancia se hallaban agrupados los empleados de los laboratorios; sus rostros reflejaban inquietud.

—¿Adónde van? —preguntó el policía que controlaba la puerta.

Mostraron sus credenciales de reporteros y les dejaron pasar, pero colocándoles un agente al lado para que les acompañara.

—Eh, ahí está el teniente Munnigan.

Efectivamente, el teniente Munnigan, junto con dos sargentos, se hallaban contemplando las ruinas de la industria bioquímica, con las manos metidas en los bolsillos de su gabán.

—Buenos días, Munnigan.

Se volvió.

—Ah, Foxman. ¿Has venido a ver si hay algo que comer?

—Lo mismo que usted, teniente, ganándome las hamburguesas y los frijoles.

—Sí, claro, pero aquí ya no hay nada que hacer.

—¿Accidente o sabotaje?

—Nada de sabotaje, Foxman, la cosa está clara. Una tubería de gas propano ha ido soltando gas al sótano, allí se ha acumulado y cuando el vigilante nocturno ha pasado haciendo su ronda, se supone que ha encendido la luz o un cigarrillo y todo a la mierda.

—¿Ha muerto el vigilante, no?

—Sí, lo hemos encontrado pronto. Se le ha desplomado todo el edificio encima, pero unas vigas caídas lo han protegido en parte, aunque tenía la cabeza y el cuerpo aplastados.

—¿No hay ningún muerto más? —preguntó Foxman mientras Spencer, a su lado, tomaba algunas vistas y primeros planos de lo que tenía delante.

—¿Y dónde estaba el vigilante en el momento del siniestro?

—Frente a la puerta del sótano. No hay misterios aquí, la puerta de salida estaba cerrada. La alarma no se disparó y las instalaciones del tanque de propano se hallan es perfecto estado; pudieron olvidarse una espita abierta o un caño perdía gas.

—¿Y los sistemas de aireación?

—Todo se previene hasta que esas cosas pasan. De todos modos, son los del laboratorio quienes dirán la última palabra.

—¿Y qué pasará ahora con la industria?

El teniente Munnigan se encogió de hombros.

—Ese no es problema mío, Foxman. Es muy desagradable que se produzcan estos accidentes porque lo más seguro es que doscientas personas se van a quedar sin empleo, pero aún podemos decir que ha habido suerte porque sólo ha muerto el vigilante. Imagínate que la explosión de gas propano se hubiera producido estando todos dentro del edificio, ocupando sus puestos de trabajo.

—No creo que eso hubiera podido ocurrir, teniente.

—¿Por qué no? —casi gruñó.

—Porque hubieran olido el gas propano, a menos que este gas no tuviera el agente químico oloroso pestilente que marca la ley para que pueda detectarse.

—Ese punto también ha sido comprobado, todo está bien. Disculpa, tengo que marcharme ya.

El teniente Munnigan se alejó con los sargentos y Spencer preguntó a Foxman:

—¿Qué hago?

—¿Ves aquella grúa? —le señaló una grúa móvil perteneciente a los bomberos.

—Sí.

—Súbete a ella y desde arriba toma planos de todo, primeros y largos planos.

—¿Para qué? Esto está visto para sentencia, ya has oído al teniente.

—Luego estudiaremos el material.

—¡Teniente! —interpeló un agente que llegaba corriendo.

—¿Qué sucede? —preguntó, volviéndose.

—He encontrado este revólver, señor.

El teniente tomó el revólver entre sus dedos con sumo cuidado.

A distancia, Spencer lo filmaba utilizando la poderosa lente de aumento.

—Comprueba si era el arma reglamentaria del vigilante muerto.

—Sí, señor.

Sin embargo, entregó el revólver a uno de sus sargentos ordenándole:

—Llévalo al laboratorio y que saquen lo que puedan de él, pero no huele, no ha sido disparado en las últimas horas.

—Estaba muy lejos del lugar del accidente —le observó Foxman, acercándosele de nuevo.

—En una explosión, un objeto puede salir despedido a mucha distancia, Foxman, lo sabes perfectamente.

—Qué hermoso perro, Foxman —exclamó Spencer, el cámara que solía acompañar a Foxman en sus reportajes.

Foxman lo miró y luego preguntó al policía:

—¿Es el perro del vigilante?

—Sí. Por suerte para él estaba en su caseta, lejos del siniestro.

—¿Encadenado?

—No, suelto, y no me hubiera gustado entrar de noche aquí estando esa fiera suelta.

—Es un magnífico doberman —opinó Foxman—, capaz de despedazar a un visitante furtivo.

—No lo dudes. Ya había herido a dos asaltantes nocturnos en anterior ocasión, es un animal que tiene probada su valentía.

Foxman se aproximó a la caseta del perro.

—Cuidado, te va a despedazar —le advirtió Spencer que, no obstante, con su telecámara tomó imagen de lo que hacía Jeffrey J. Foxman.

—Hola, guapo. Yo soy amigo tuyo y no te tengo miedo —le habló Foxman—. Sé que te enfurece que tu cuidador haya muerto, pero ya nada se puede hacer.

El doberman ladraba ferozmente, pero Jeffrey se le acercó y el animal se fue apaciguando.

Foxman le palmeó el lomo ante la sorpresa de dos policías.

Uno de ellos comentó:

—Tiene usted mucho gancho con los animales, a nosotros no nos ha dejado ni acercarse.

—¿Tiene alguna herida?

—No, no, está perfectamente. El fue quien avisó de dónde estaba el cadáver del vigilante, lo encontramos ladrando cerca de él, pero no podía nada contra las vigas. Tuvimos que echarle un saco a la cabeza para sujetarlo y encadenarlo a la caseta después.

Foxman observó el suelo.

Se agachó, tocó con los dedos y éstos se mancharon de rojo.

Arrancó un poco de aquella hierba y sacando una bolsita de plástico, la metió dentro.

—Eh, Foxman, ¿qué haces? —le preguntó el teniente Munnigan desde cierta distancia.

—Husmeando al perro, por una vez cambiamos los papeles. Es un animal magnífico. ¿Sabe si los propietarios de los laboratorios van a venderlo?

—¿Venderlo? Mira, aquellos del coche Lincoln azul oscuro son los propietarios.

—Ah, sí, veo que están hablando con Busch, el detective de la aseguradora.

Foxman se acercó al grupo de cinco hombres.

—Malos días, caballeros. Soy Jeffrey J, Foxman, reportero de TV. Le miraron con desconfianza, pero uno de aquellos hombres sonrió:

—Hola, Foxman. ¿Has venido a hacer un reportaje? Creo que has llegado tarde; han pasado el siniestro por el matinal.

—Sí, ya lo he visto, pero vengo a la repesca.

—Poco vamos a pescar tú y yo. A mí, la aseguradora me envía para que meta las narices en esto, trabajo de rutina.

—Ha sido un desagradable accidente —opinó con solemnidad el hombre más alto y corpulento del grupo, un hombre de ojos pequeños y de un iris tan pálido que parecía ciego. Tenía los cabellos rizados y canosos.

—¿Es usted Noah Warren?

—Sí. ¿Eh, qué hace su amigo? No me gusta salir por la televisión, eso se queda para los frustrados que jamás serán nada y para los que quieren llegar a la Casablanca.

—Spencer —interpeló Foxman a su compañero—, nuestro personaje prefiere no salir. Oiga, ese perro...

—¿Qué pasa con él?

—Me cae bien. ¿Me lo vende?

—¿El perro? —se sorprendió Warren.

—Sí, no le pido que me venda el solar, porque este lugar ya no sirve para otra cosa que para volver a empezar.

—El perro es suyo.

—¿Me lo regala?

—Sí, claro, ya no sirve y está ladrando demasiado, claro que no sabe usted en qué líos se mete, ese perro está acostumbrado a andar suelto por este lugar y de noche.

—Probaré a tenerlo conmigo. Si no hay forma de que nos entendamos, lo entregaré a algún lugar adecuado para que siga vigilando fábricas.

—Sería lo mejor. Por mí puede llevárselo ahora mismo. Kapok, hazle firmar un recibo por si muere a alguien que sea su responsabilidad y no la nuestra.

—Lo que usted diga, patrón. —Se volvió hacia Jeffrey y preguntó —: ¿Quiere llevárselo ahora mismo?

—Sí, ahora cuando me vaya. Puede ir preparando el recibito. Ah, y me dirá qué es lo que come mejor para no tener problemas.

—Carne, mucha carne... —Se rió—. Y cuidado con sus posaderas, puede quedarse sin ellas si le da la espalda.

—Warren, ¿usted era el propietario único de los laboratorios?

—No, soy el mayoritario, simplemente.

—¿El Presidente del Consejo de Administración?

—Sí, eso también,

—¿Puedo preguntarle algo, Warren?

—¿Es para su reportaje?

—Puede ser, si al final tengo material interesante.

—Pregunte lo que quiera y le responderé lo que me dé la gana.

—Magnífico, así nos entenderemos. ¿Qué cree que ha ocurrido?

—Yo no lo sé, los técnicos dicen que una fuga de gas propano. Se ha acumulado gas en el sótano y cuando el vigilante nocturno hacía su ronda, todo se ha ido a la mierda.

—Es curioso.

—¿El qué es curioso? —preguntó Warren, que tenía mirada de visionario.

—Que todos dan la misma respuesta.

—Porque no hay otra.

—Eso será, Warren. Por cierto, ¿va a reconstruir los laboratorios?

—No sé, no sé, eso deberá decirlo el Consejo de Administración en reunión extraordinaria, pero me temo que no será interesante volver a pensar en ello.

—¿Borrón y cuenta nueva?

—Los negocios son así.

—¿Pagará la aseguradora?

—No faltaría más, para eso hemos pagado las primas. ¿Verdad, Buch?

El interpelado respondió:

—Yo sólo soy el detective de la aseguradora.

—Si cubra al segundo y además vende bien el solar no saldrá

perdiendo demasiado —opinó Foxman.

—Siempre se pierde. Había mucho material costoso en los laboratorios de biología y la póliza lo cubre todo.

—¿Y los empleados?

—¿Los empleados? Ah, espero que su sindicato sepa acogerlos en su seno, para eso pagaban sus cuotas. Son buena gente y supongo que pronto encontrarán trabajo en otra parte. A mí me duele más que a ellos que mis laboratorios se hayan ido abajo, pero soy un hombre de negocios y cuando algo se hunde, algo hay que levantar, en otra parte, claro, cambiar de aires es más sano. ¿Le parece bien todo lo que le he dicho?

—Es usted un cínico, Warren.

—¿Cómo le ha dicho al señor Warren? —preguntó Kapok con un gruñido.

—Cínico, que no quiere decir hipócrita, si no todo lo contrario. Es un hombre que sabe lo que quiere y los demás le importan un rábano.

—Hay mucho paro, joven, aquí en el primer país del mundo y en los demás países aún más, pero esta gente es trabajadora, sabe hacer su labor. Yo mismo tengo iodos sus expe dientes y si puedo dar trabajo a unos cuantos, lo haré, no vaya a creer que no soy agradecido. Es muy fácil hacer demagogia ahora, ustedes los reporteros suelen ponernos a nosotros, a los capitalistas y financieros, en el disparadero, pero los laboratorios se han hundido lo mismo para mí que para ellos. Si se me rompe la jarra con la que suelo tomar mi cerveza, no recojo los pedacitos para reconstruirla si no que me compro otra. Adiós. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Foxman.

Warren ya le había dado la espalda, no pareció interesarle lo más mínimo el nombre que acababa de pronunciar. Subió a su «Lincoln» y con él dos hombres más.

En el suelo, junto con los reporteros, quedaron Buch, el detective de la aseguradora y Kapok.

—Está podrido de dólares —rezongó Buch.

—¿Usted ha trabajado para él? —preguntó Foxman a Kapok.

—Sigo trabajando.

—¿Puedo saber en calidad de qué?

—Relaciones públicas.

—Cajón de sastre,

—¿Cómo?

—Que bajo el nombre de «relaciones públicas» se puede poner cualquier cosa, un empleado, cien, veinte mujeres, da lo mismo.

—Es usted muy irónico.

—Usted es relaciones públicas de los laboratorios, ¿no?

Kapok miró la montaña de cascotes y puntualizó:

—Soy relaciones públicas para los asuntos del señor Warren.

—A lo mejor utiliza sus servicios para ir despidiendo al resto de empleados.

—Oiga, Foxman, parece usted muy agresivo. ¿No cree que está fastidiando demasiado?

—Foxman, me voy a la grúa —dijo Spencer, alejándose.

Foxman no quiso replicar a Kapok y junto con Buck se acercaron al perro doberman de pelaje negro que les ladró con fuerza pero se puso furiosísimo al enfrentarse con Kapok.

—Parece que el perro no le tiene simpatía.

Kapok trató de acercársele, pero el doberman parecía querer despedazarlo a dentelladas, sólo la cadena evitaba una posible tragedia.

—Es una bestia que servía para vigilar, Warren se la ha regalado.

—Sacó un bloc de notas de su bolsillo y escribió en una hoja mientras decía—: Yo lo eliminaría, aquí ya no hace falta.

Foxman miró la hoja que le tendían para firmar y después de firmarla pidió a Kapok.

—Ahora, déme un papel conforme soy el propietario del doberman. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—«Logy», pero tenía que haberse llamado «Satán» —gruñó mirando al gran perro que les ensordecía con sus agresivos ladridos, encarado con Kapok y levantado sobre sus dos patas traseras, ya que la cadena le impedía saltar hacia adelante.

CAPITULO III

—¿Respuesta?

El científico miró a Jeffrey J. Foxman a través de sus gafas de miope y respondió:

—Humana.

—¿Las dos?

—Sí, irrefutables —puntualizó el científico de los laboratorios de análisis e investigación hematológica.

—¿Diferencias entre ambas muestras?

—Ninguna.

—¿Seguro?

—Es la misma sangre.

—¿Podría demostrarse?

—Sí.

—¿Cómo?

—Es idéntico grupo sanguíneo, coincide el RH negativo y también en otros detalles más importantes.

—¿Qué detalles? —se interesó Foxman.

—Encimas, grasas, etcétera, no creo que desee que se lo detalle todo, ya se lo doy por escrito. La sangre es la misma porque los alimentos que habían pasado del estómago a la sangre son exactamente los mismos. Dos muestras de una misma persona, tomadas en días distintos, no se podría demostrar de forma irrefutable que pertenecieran al mismo ser humano porque habría variaciones en los elementos que componen la sangre, me refiero a elementos transitorios que sirven para alimentar al organismo además de hematíes, leucocitos, plaquetas, etcétera. La composición y los tantos por ciento cuantitativos de lípidos, azúcares, alcohol, etcétera, que contienen estas dos muestras son idénticos, por lo tanto ambos pertenecen al mismo ser humano y fueron tomadas a la misma hora.

—Magnífico.

—¿Por qué?

—Déme los informes y guarde usted también esos resultados por si hay que ir ante un tribunal.

—Cuenta conmigo.

A bordo de su automóvil, Foxman se dirigió a la estación de policía y allí pidió hablar con el teniente Munnigan.

Este le recibió junto con unos de sus sargentos ayudantes; estaba de mal humor.

—¿Qué pasa ahora, Foxman?

—Tengo motivos para pensar que el siniestro ha sido provocado.

—¿Te refieres a los laboratorios que se vinieron abajo? —Sí.

—¿Es que te han pisado la noticia y ahora tratas de remover el fango para la repesca?

—Munnigan... —se sentó en el borde de la mesa, aquello no gustó al teniente pero no dijo nada, se limitó a echarse hacia atrás en su butaca—, conozco mis derechos y también mis obligaciones, por eso si descubro algo que considero que puede ser una prueba, acudo a la policía para entregársela.

—Magnífico, todos los reporteros no actuáis igual.

—El vigilante no murió bajo los escombros del hundimiento del edificio.

—¿Ah, no? Pues allí lo encontramos y allí tuvimos que rescatarlo gracias a ese perro que nos señaló dónde estaba el cadáver.

—«Logy» es un buen perro, algo arisco.

—Y bien, ¿dónde murió el vigilante, según tú?

—Junto a la caseta del perro.

—Eso es increíble. Ni muerto ni herido podía andar y meterse bajo los escombros. Una grúa tuvo que levantar las vigas de hormigón para extraer el cadáver.

—Pues junto a la caseta había sangre, la habrá aún, ya oxidada pero perfectamente analizable, sangre que pertenecía al vigilante.

—¿Cómo lo sabes?

—Tomé muestra de esa sangre. También fui a la Morgue y pedí muestras de sangre del cadáver.

—Eso es intruismo en la labor de la policía.

—Déjese de chorradas. Munnigan, la sangre es la misma. Aquí tiene los análisis que ha pagado un honorable ciudadano como yo y no pienso cobrárselos al gobierno.

Con aire escéptico, el policía tomó las dos hojas repletas de números; las estuvo mirando y ligeramente despectivo preguntó:

—¿Original y copia?

—No, son dos análisis, corresponden a sendas muestras, una sacada del cadáver que está en la Morgue y la otra de los restos de sangre que había junto a la caseta.

—¿Por qué tomaste esas muestras de la caseta?

—Creí que podían ser del perro, pero el perro no tenía ninguna herida visible.

—¿Y por qué no me lo dijiste entonces?

—Pensé que sería molestarlo en exceso por una posible suspicacia mía. Al fin y al cabo, se trataba de ahorrar dinero al consumidor. Yo no hecho los análisis y aquí están, puede entregárselos al juez que lleva el caso.

—Lo haremos, pero primero hay que comprobar todo esto. —Se volvió hacia el sargento—. Muchacho, ve y busca esos rastros de

sangre. ¿Dónde dices que están, Foxman?

—Frente a la caseta del perro.

—Pues es muy raro que el vigilante dejara sangre allí si luego apareció bajo los escombros, investigaremos, pero no vuelvas a meter tus narices en un trabajo que nos corresponde a nosotros.

—Ya ve que la repesca no ha sido mala, de modo que continuaré adelante.

—Si hay interferencias de tu parte, puedes encontrarte ante un juez.

—Vamos, Munnigan, no querrá asustarme, ¿verdad? Yo sigo adelante con mi reportaje, me parece bueno. Aquí hay gato encerrado y las cosas no están tan claras como parecía en un principio.

—De todos modos, no gastes demasiada saliva voceando hasta que nosotros hayamos investigado este asunto de la sangre.

—He cumplido como ciudadano, ahora seguiré mis propios pasos, pero es evidente que si el vigilante murió junto a la caseta del perro y no bajo las ruinas, es que no se trata de un siniestro accidental. Por cierto, la pistola del vigilante también fue recogida muy lejos del lugar del hallazgo del cadáver, ¿verdad?

—Sí, pero no tiene mayor importancia. La pistola no fue disparada y tampoco tiene más huellas que las del propio vigilante.

—Es posible que aparezcan más detalles que apoyen mi hipótesis de que el vigilante fue atacado y luego, herido o cadáver, trasladado al lugar donde fue hallado y la explosión, provocada.

—¿Ah, sí?

—Munnigan, siga buscando, quizás encuentre más pistas que le lleven a la conclusión de que alguien hizo volar el edificio.

El teniente Munnigan le sostuvo la mirada y sonrió escéptico, no parecía tener prisa, quizás porque nadie más semejaba estar en peligro de morir, pero la intuición de Jeffrey J. Foxman le advertía que el oficial de policía, pese a toda su arrogante veteranía, se equivocaba.

CAPITULO IV

El presentador de televisión, con aire jovial, extendió su mano muy amistosamente al tiempo que decía, dirigiéndose a su público televidente:

—Y aquí, tan casualmente que ustedes no se lo van a creer, está el más mordiente de los reporteros televisivos, Jota Jota Foxman.

—Hola, Mac. ¿Cómo va eso?

—Cuidado, Foxman, el que pregunta soy yo, no inviertas la situación. —Se volvió hacia la cámara que televisaba en directo —. Hay que ir con mucho cuidado con él.

—Es tu programa, Mac.

—Como eres un hombre incisivo y siempre andas metido en problemas, seguro que estarás preparando algo interesante que ofrecer a los televidentes.

—Pues sí, estoy interesado en el siniestro de los laboratorios Biological W. Company.

—Hum, un siniestro desagradable. Sí, amigos televidentes, seis plantas de unos laboratorios industriales se vinieron abajo como castillo de naipes por una fuga de gas propano, y sus empleados ahora hacen cola en la oficina de desempleo, un tema espinoso. ¿Piensas tratarlo a fondo, Jota Jota Foxman?

—Sí, pienso tratarlo a fondo, entre otras cosas porque no creo que fuera un accidente.

—¿Ah, no, qué fue, negligencia?

—Cualquier cosa puede ser, pero mi hipótesis es que el hundimiento fue preparado.

—¿Sabotaje? No digas que piensas que fue sabotaje — preguntó, vivamente sorprendido.

—He hecho preparar unas imágenes de microscopio que quiero que vean los televidentes.

—¿De veras están preparadas esas imágenes? Pues adelante con ellas.

En la pantalla de televisión aparecieron unas imágenes hermosas y rojas, unas imágenes biológicas que llamaban la atención.

—¿Qué es eso, Jota Jota Foxman? —inquirió el entrevistador.

—Sangre, dos muestras de sangre vistas por transparencia al microscopio.

—A mí, con sinceridad, me han parecido las dos iguales, claro que como no tengo aficiones de vampiro selectivo...

—No te equivocas, Mac, son iguales y he ahí el enigma, ésa es la clave en la explosión de los laboratorios para resolver lo que yo

creo que es un crimen. Estén todos atentos, telespectadores, cuando tenga todo el reportaje listo yo mismo se lo presentaré. Ah, si alguien conoce algún dato que ofrecerme sobre la explosión del Industrial Laboratory Biological W. Company, llame a mi teléfono privado. Ya sé que hay un contestador automático, pero si no estuviera buscando, rastreando todo el día lejos de los estudios de televisión, no podría ofrecerles el reportaje que ustedes esperan.

—Muy bien. Jota Jota Foxman, has hecho una buena promoción de tu próximo reportaje, pero no chupes más imagen, éste es mi programa. ¿No creen ustedes, queridos telespectadores? Ah, ahí viene el payaso...

Foxman anduvo por los corredores de la emisora de televisión y a su paso saludó a varias personas, especialmente mujeres jóvenes y atractivas que buscaban la popularidad por todos los caminos.

Se dirigió a la cafetería que estaba llena.

El extractor funcionaba zumbando monótonamente, echando fuera todo el humo de los cigarrillos que allí se consumían nerviosamente.

—Hola, Jeffrey.

—Siéntate, Spencer.

Spencer iba con una taza de café en la mano; un bolso colgado de su hombro y también la telecámara que siempre llevaba consigo, aquella telecámara que tanto dinero le había costado para conseguir imágenes televisivas de máxima perfección.

—¿Cómo está el video de lo que tomaste en el siniestro?

—Creo que se puede componer algo decente. Vistas panorámicas, primeros planos, el perro ladrando visto muy de cerca y como es una bestia impresionante, da muy buena imagen. Ah, la sangre que ya ha pasado por pantalla.

—Haremos un buen reportaje recortaremos y veremos que resulte bien.

—¡Foxman! —le interpelló el mozo del mostrador.

—¿Sí?

—¡Al teléfono!

—Ahora voy.

—Eh, si es una chica, pregúntale si tiene una amiga.

—A lo mejor tienes suerte, están de moda los tipos feos como nosotros.

Spencer pensó que era difícil que los pudieran tomar por iguales.

Foxman le llevaba más de un palmo de altura y, por si fuera poco, tenía menos años y una complexión atlética superior.

Foxman poseía un cabello castaño cobrizo, largo y lacio, que se unía a su bigote y barba recortada que le daba un aire de

intelectual sin llevar gafas. Por contra, sus ojos eran extrañamente verdes, luminosos.

—Aquí Foxman. ¿Quién llama?

—Oiga, soy Kapok.

—Ah, ya le recuerdo, el relaciones públicas, ¿no?

—¿Qué significa eso de que el siniestro de los laboratorios ha sido un sabotaje?

—Yo he expuesto mi hipótesis: después de todo, el juez todavía no se ha pronunciado.

—Eso es crear problemas —protestó Kapok, airado.

—¿Problemas? Ah, sí, me imagino que al culpable del siniestro.

—No ha habido culpable, fue un accidente. ¿Acaso pretende que los empleados, ahora en la calle, junto con su sindicato, se nos echen encima?

—El problema de los trabajadores sin empleo es suyo, no mío. A mí me parece que se trata de un sabotaje e intentaré demostrarlo.

—Si crea dificultades recogerá disgustos.

—¿Me está amenazando, Kapok?

Como si el relaciones públicas se diera cuenta de que no era bueno provocar a Foxman, se tranquilizó o por lo menos controló mejor su voz y su tono.

—No se trata de amenazar, Foxman. Piense que en estos momentos la empresa tiene problemas y añadirle otros es desfavorecer su imagen. Por cierto, ¿qué es ese asunto de la sangre?

—Pregúnteselo al teniente Munnigan que lo está investigando. Yo no oculto pruebas a la justicia ni perturbo sus investigaciones. Si descubro algo, lo pongo en sus manos. ¿Algo más, Kapok? Quizás pueda usted añadir algo interesante al reportaje.

—Haga lo que quiera, Foxman, pero si nos crea problemas lo llevaremos a los tribunales.

—Pues allí nos veremos. Por cierto, dígame al que le paga los cacahuets que me gustaría charlar con él sin monos bailando alrededor.

—¡Váyase a la mierda, Foxman!

Jeffrey J. Foxman miró el teléfono y rezongó:

—Tiene poco sentido del humor.

Regresó junto a Spencer.

—¿Todo bien? —preguntó éste.

—Se trata de Kapok, el relaciones públicas de Warren.

—¿Molesto?

—Creo que se estaba comiendo el teléfono.

—Es lógico. Si demuestras que ha sido sabotaje, el reportaje tendrá mucho impacto, pero hay que andar con pies de plomo,

porque si ha sido sabotaje, habrán existido poderosos motivos para hundir esos laboratorios.

—¿Crees que puede tratarse de una vendetta del crimen organizado?

—¿Por qué no? ¿Y si le pedían un tributo, un *racket* que Warren se negó a pagar?

—No lo confesará por si acaso la aseguradora busca problemas.

—Es cierto Warren parece un tipo que va a la suya y sin publicidad. Otro habría puesto su apellido completo en el nombre de la empresa y él se ha limitado a la inicial, Industrial Laboratory Biological W. Company. No quiere que le vean demasiado la cara, hasta podría ser que por lo menos la mitad de sus empleados no lo hubieran visto jamás en persona.

—¡Foxman!

—¿Sí? —respondió al mozo, dejando de mirar a Spencer.

—El teléfono, te llaman otra vez.

—A lo peor ahora son los del crimen organizado que te exigen que cierres la boca. Te van a coser el cuerpo a plomazos o amanecerás con un pijama de cemento.

—Ahora se estila más la inyección de droga con tortazo en la carretera, así no se busca a ningún culpable —le dijo antes de dirigirse al teléfono.

CAPITULO V

La mujer joven y alta fumaba con aire indolente en la calle, muy cerca del bordillo. Llevaba un bolso en bandolera, una gabardina roja acolchada por dentro y una boina, roja también, ladeada.

Foxman detuvo el coche a su altura y abrió la portezuela alargando el brazo.

—Anda, sube.

Ella se inclinó, miró y preguntó:

—¿Foxman?

—¿Tengo que darte las huellas digitales también?

—Es lo que suelen ofrecerme los hombres, pero con los dedos detrás.

Arrancó de nuevo.

Foxman la observó de reojo.

Sin duda, era una mujer joven y hermosa y tuvo la impresión de que le ocultaba algo.

Su pelo era extraordinariamente abundante y muy negro.

—¿Adónde vamos?

—No quiero ir a ningún motel.

—¿No te apetece?

—No.

—A mí sí.

—Lo supongo, todos dicen que no estoy mal.

—¿Y quiénes son todos?

Ella se encogió de hombros.

—Todos, simplemente.

Y se llevó el cigarrillo a los labios, como para obligarse a sí misma a mantenerlos cerrados.

—Bueno, hablaremos mientras damos una vuelta en el coche.

—Mil pavos antes —objetó ella.

Foxman dio un violento frenazo y la joven se vio impulsada hacia adelante.

—¿Qué pasa, ibas a pisar un canario?

—No, a una hormiga, pero como tengo buena vista...

Atrás le tocaron el claxon con insistencia.

—Pero, ¿qué pasa?

—Que si son mil pavos, ya puedes apearte.

Ella le miró con ojos asombrados.

—¿Eh, qué haces? ¡Vamos, en marcha! —le gritaron mientras tocaban el claxon.

—Está bien, cien pavos, y luego a la vida yanqui la llaman el paraíso terrenal

Foxman reanudó la marcha.

—Y ahora, ¿cuál es la información?

—Primero, los cien. Luego podrías decir que no es muy interesante.

—Si luego no es interesante, te afeito.

—¿El qué?

—Imagínatelo.

—¿Las prefieres como angelitas?

—Bueno, bueno, menos burla. Anda, coge cien de aquí, cuéntalos.

Le alargó un fajo de billetes y ella silbó, admirativa.

—¿Siempre llevas tanto dinero encima?

—Hasta el día que me den una cuchillada y entonces pagaré a los confidentes con tarjeta de crédito, no sé si les va a gustar.

La mujer extrajo cinco billetes de a veinte dólares y le metió de nuevo el fajo de billetes en el bolsillo de la chaqueta.

Foxman observó cómo ella se guardaba los cien dólares en el bolso y luego encendía un cigarrillo que tendió al hombre, pero éste negó.

—No. ya lo he dejado.

—Hum, mejor, así serás más fuerte.

—¿Cómo te llamas?

—Debra.

—Bien, Debra, ¿cuál es la información?

—Yo venía en el tren la noche en que explotaron los laboratorios.

Foxman observó que ella se tomaba tiempo para proseguir, fumaba despacio.

—Eran las dos de la madrugada. Miré mi reloj, faltaba poco para llegar a la estación central, sólo cinco minutos, y la explosión ocurrió a las dos y tres minutos. ¿No es eso?

—Exacto.

—Bien. Pues a las dos, cuando el tren pasaba frente a los laboratorios, yo con mis propios ojos vi salir a un coche del recinto.

—Allí hay una calle que rodea parte de la zona donde se hallaban los laboratorios; pudo ser cualquier coche que circulase por allá, no sería nada extraño.

—Yo lo vi salir del recinto, estoy segura. Lloviznaba, pero detrás de las nubes había una luna espléndida. Además, en la calle hay farolas, no demasiadas, pero las hay. Vi un coche oscuro que salía del recinto y por lo que he leído de todo este asunto, nadie estuvo a aquellas horas en el recinto, aparte del vigilante.

—¿Te vieron a ti?

—No creo. El tren iba rápido, yo estaba detrás de una ventana y el departamento sólo tenía encendida la pequeña luz piloto. No

había luz suficiente para que pudieran verme desde el exterior.

—Lo que acabas de decirme tendrías que contárselo al juez.

—¿Para que luego me obliguen a declarar en un tribunal?

—¿Tienes miedo?

—No creerás que soy tan idiota como para jugarme el cuello por cien dólares.

—¿En cuánto estimas tu cuello?

—No tiene precio, tengo miedo a morir.

—De todos modos, necesitaré saber dónde poder buscarte.

—¿Para qué?

—¿Qué te parece si sales por televisión, en mi programa?

—¿Televisión? ¿Para que los asesinos saboteadores me esperen a la salida y amanezca al día siguiente fría en la Morgue? No, gracias; el que quiera mis órganos para trasplante que espere un poco más.

—Podríamos colocarte un antifaz en forma de mariposa, explicaríamos el motivo. Eso caería bien a la gente y a ti no te reconocería nadie.

—No me fío.

—¿De qué?

—De ti.

—¿De mí, por qué? —se medio echó a reír Foxman.

—Lo que tú pretendes es llevarme ante un jurado para que declare y yo no quiero meterme en líos. Además, sólo sé que un coche oscuro salía de los laboratorios tres minutos antes de que se hundiera todo el edificio a consecuencia de la explosión. No podría decir más cosas porque no sé más, pero a ti ya te sirve para seguir adelante con la investigación. Después de todo, cien pavos no son para exigir tanto.

—Debra, ¿tú crees que quienes iban en el coche pudieron sabotear los laboratorios?

—No sé si iba uno o varios, no les pude ver las caras. He dicho que vi un coche, no puedo añadir más y creo que eso puede ayudarte.

—Sí, puede ayudarme. Deberé comprobar a qué hora exacta pasó el tren y la velocidad que llevaba.

—¿Lo vas a pasar por televisión?

—Si aceptas la entrevista, sí.

—Bien mirado, sería divertido, siempre que no se me pueda reconocer.

—Bueno, lo intentaremos.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Ahora? —repitió la chica, sorprendida.

—Sí, ahora mismo.

—No vas a llevarme a la televisión, ¿verdad?

—No, sólo a un estudio privado. Allí te haré una pequeña entrevista y tu imagen quedará grabada.

—Es que sólo tengo una hora de tiempo.

—¿Te esperan?

—Ajá —asintió ella, afirmando con la cabeza.

—Yo puedo llevarte luego adonde me pidas.

Foxman, que ya tenía su plan preparado *in mente*, se dirigió al estudio privado que tenían montado Spencer y él para sus reportajes que no dependían de una emisora de televisión concreta, si no que lo vendían a quien mejor pagase o, según los casos, ofreciera una mayor difusión del reportaje.

Se introdujeron en un estacionamiento subterráneo.

Después un ascensor les subió a la duodécima planta.

Al encenderse las luces de aquel estudio, Debra opinó:

—Parece un estudio fotográfico.

—Más o menos; aquí no grabamos video para hacer foto- novelas sino para entrevistas.

Observó entonces que había cosas que no guardaban el orden adecuado dentro del aparente desorden que allí reinaba de ordinario.

—Alguien ha estado aquí —gruñó.

—¿Cómo dices?

—No, nada.

Foxman se dirigió a la caja de caudales.

Era grande y pesada, estaba junto a la pared y no empotrada.

—Uauh, una caja fuerte, tendrás más dinero que un Banco.

—Acércate y lee el letrero que hay en la puerta.

Debra lo hizo y se echó a reír.

—«Atención, ladrones, esta caja no contiene dinero, sólo material de trabajo. Gracias.» ¿De veras sólo tienes caja fuerte para el material de trabajo?

—Sí, para guardar cintas de video o cassettes.

Foxman se puso entre la caja y Debra para que ésta no pudiera ver la combinación.

Dio vuelta a la llave y abrió la puerta de la gran caja de caudales.

Suspiró al ver que las cintas estaban dentro.

—¿Falta algo?

—Creo que no.

—¿Tan importantes son esas cintas?

—Para un profesional libre como yo, sí. Esta caja tiene climatización interior para evitar que el material pueda estropearse con los cambios de temperatura.

—¿Es como una nevera blindada?

—Algo así, pero no para congelar, si no para mantener una temperatura constante y adecuada. Nunca sé cuándo puedo usar esas cintas.

—¿Y hay más?

—Sí, pero eh otra parte. Aquí están las que pueda necesitar de una forma más habitual.

Dejó la puerta abierta. Tomó una cinta virgen y la colocó en una cámara que se hallaba sobre un trípode, de forma fija.

—¿He de ir a esa butaca?

—Sí, pero antes toma.

Proporcionó a Debra un antifaz de fantasía en forma de mariposa que ella se colocó.

—¿No tienes un espejo?

—Sí, claro, en aquella pared hay uno.

Debra, siempre mujer, se observó en el espejo. Se retocó un poco los cabellos azabache y luego fue a la butaca,

—¿Dónde te pondrás tú?

—Detrás de la cámara.

—¿No saldrás en la grabación?

—No, no hace falta. Yo te iré haciendo preguntas y mi voz, lo mismo que la Suya, quedará grabada. En realidad, este trabajo lo hace mi amigo Spencer, un cámara muy bueno, pero ahora no tengo tiempo de llamarle y filmaré yo.

—¿Estoy bien así?

—Sí, ¿por qué no? Aquí no hay que buscar el lado fotogénico del rostro, puesto que lo ocultas detrás del antifaz de mariposa.

Encendió los focos y comprobó que la imagen salía bien por la diminuta pantalla del visor de la telecámara.

—Ahora te voy a preguntar lo mismo que me has contado en el coche. Responde con naturalidad.

—¿He de decir que me has dado cien dólares?

—No. eso no hace falta. Empezamos. ¿Qué quería confesar, miss Debra?

—Que vi un coche.

—¿Un coche? ¿Dónde, cuándo...?

CAPITULO VI

Foxman entró en la Morgue.

No era habitual para él acudir a aquel lugar, pero si se veía precisado a presentarse allí de vez en cuando.

—Ah, es usted, Foxman —le saludó un empleado.

—Sí, vengo a ver a mi amigo.

—Su nombre es Spencer, ¿verdad?

—Sí.

—No ha tenido mucha suerte su amigo.

Le llevó a una de las camillas.

Spencer yacía cubierto por una sábana manchada de sangre.

—Como quien dice, está calentito aún.

A Foxman le reventó aquella observación.

Levantó la sábana y tuvo que achicar los ojos, el espectáculo no era fácil de soportar.

—Hay que tener tripas para aguantarlo, ¿eh? —gruñó el empleado de la Morgue—. A mí ya no me importa demasiado. Trabajaba en un hospital, pero aquí cobro más y, ¿qué más da estar en la antesala de la muerte que ya con la muerte misma?

—¿Cómo ha sido? —preguntó roncamente.

—Un camión. Habrá que coserlo un poco, está descuartizado.

Spencer estaba realmente destrozado y su rostro casi irreconocible.

Foxman abandonó la Morgue, montó en su coche y fue a la estación de policía.

Allí pidió por el teniente Munnigan que le recibió en seguida.

—Hola, Foxman. Una lástima lo de Spencer.

—¿Cómo ha sido?

—Los de tráfico están llevando el asunto.

—Pero usted sabe algo.

—Esta madrugada Spencer circulaba en su coche. La calle hacía pendiente e iba con los faros apagados y parece que alcoholizado por los datos que me han dado. Un camión de gran tonelaje se le ha echado encima y ya sabes cómo terminan esa clase de situaciones. Han tenido que sacar el coche de debajo del camión.

—¿Y el camionero?

—Durmiendo.

—¿Durmiendo, conducía dormido?

—No, él dormía en su casa y mientras se hallaba en los brazos de Morfeo le han robado el camión, eso ha podido probarse.

—¿Y el ladrón?

—Se ha esfumado.

—Lo estaréis buscando.

—Claro que sí, Foxman, pero ya sabes cómo son esas cosas. Cada día se roban puñados de vehículos, no es tan frecuente que roben camiones, pero también se roban y resulta muchísimo más peligroso. Con un camión de gran tonelaje se puede hacer mucho daño, máxime si va cargado de sacos de cemento.

—¿Ha dejado huellas?

—No, no las ha dejado. Si por lo menos hubiera quedado herido, pero esos camiones son muy seguros para el conductor.

Foxman suspiró y se sentó en una silla, al otro lado de la mesa.

—Spencer era un buen tipo. Es estúpido que haya terminado así.

—De una forma u otra hemos de morir; ni se habrá enterado y yendo borracho.

—Spencer no era de mucho tomar.

—Quizás celebraba algo.

—Lo hubiera sabido.

—No busques fantasmas, Foxman. Ha muerto en accidente de tráfico, eso es todo. Por supuesto que si llegamos a cazar al ladrón del camión, éste pagará, aunque no creas que demasiado. El camión circulaba pendiente abajo a buena velocidad, pero iba por su mano y el coche de Spencer estaba en el carril contrario al debido. Si Spencer hubiera circulado por su carril, nada le habría sucedido.

—¿Y el coche de Spencer?

—En el depósito de chatarra, está irreconocible.

—¿Y sus efectos personales?

—A buen recaudo, pero no te los vamos a dar a ti. Spencer no tenía mujer, ¿verdad?

—Estaba divorciado; además, creo que ella se murió.

—¿Hijos?

—No, no los tuvo.

—Ya encontraremos a su familia.

—¿No podría ver los efectos personales recogidos?

—No. Tú no eras más que un amigo, Foxman.

—Está bien. Y ahora, ¿qué hay de la pista que les di sobre el siniestro de los laboratorios?

—Nada. Comprendo que quieras ganarte la vida con el sensacionalismo, pero esta vez has patinado.

—No me digas. Allí había manchas de sangre.

—Que nosotros no hemos encontrado. No hay prueba alguna de que lo que tú dices sea cierto. El asunto está claro para el juez y no habrá más problemas: Fuga de gas propano por una espita mal cerrada, acumulación de gas en el sótano y explosión al abrir el vigilante una luz, todo está muy claro.

—No opino yo igual.

—No insistas, no hay nada. No había pistas allí, ha sido un accidente. Por lo que sé, la aseguradora pagará y asunto concluido. ¿Crees que la aseguradora pagaría la prima si sospechara que ha habido algo raro?

—Adiós, teniente Munnigan, no estoy satisfecho con sus conclusiones.

Abandonó la estación de policía de pésimo humor.

Se encajó en el asiento de su automóvil y lo puso en marcha.

Se dirigió al pequeño *cottage* en que vivía, rodeado de césped y dentro de una urbanización donde las casas eran iguales y se alquilaban por meses.

Al detenerse el coche, oyó claramente los ladridos del gran doberman.

—Hola. «Logy», hola.

Le alargó una galleta grande para perros y el animal la comió de su mano.

Dio dos ladridos broncos y se sentó sobre sus patas traseras; parecía tranquilo. Foxman le acarició la cabeza.

Hizo subir a «Logy» al coche, a lo que el animal no se hizo de rogar dos veces, como si toda su vida hubiera estado viajando en automóvil.

Asomado sobre los asientos posteriores, observó las maniobras de Foxman que puso el coche en marcha y se dirigió a la mansión de los Warren, situada en lo alto de la ciudad, desde donde se dominaba una espléndida vista de la bahía.

—¿Qué quiere? —le preguntó el vigilante de la puerta.

—Abra, tengo que hablar con su patrón.

—¿Quién es usted?

—Foxman, Jeffrey J. Foxman.

El vigilante llamó por teléfono y luego abrió la pesada puerta de hierro.

—Siga hasta la casa sin desviarse.

Hizo lo que le indicaban y arriba se encontró con un criado que le aguardaba.

Este miró con recelo al doberman que saltó fuera del coche cuando Foxman le abrió la puerta.

—Tendrá que llevar sujeto a ese perro.

—No tenga miedo, sólo muerde a los listos.

Warren, que acababa de despedir a unas visitas, se hallaba en una galería desde la que se divisaba el mar. Hacía frío, pero el sol ayudaba a que estar al aire libre fuera un placer.

«Logy» comenzó a ladrar muy agresivo y Foxman reaccionó con rapidez, no podía olvidar que el ataque de un doberman en nada se parecía al de un pekinés o un caniche; podía matar a un ser

humano en pocos instantes.

No tardó en quedar patente que a quien ladraba con auténtica ferocidad era al relaciones públicas.

—Hola, Kapok.

—¿Cómo ha traído aquí a esa bestia?

—Es mío y me acompaña. Estoy por decir que es más fiel que un guardaespaldas humano asalariado.

—Dígale que se calle o lléveselo —le ordenó Warren, molesto.

—Me temo que sólo hay dos soluciones para que se calle —opinó Foxman sujetando al animal que trataba de abalanzarse sobre Kapok—. Matamos a «Logy» o se marcha Kapok.

Kapok miró a Warren y éste le dijo:

—Vete, ya te llamaré luego.

—Lo que usted mande, patrón, pero si tiene problemas, le diré a uno de los guardas que venga con un rifle.

Kapok se alejó.

Cuando hubo desaparecido, «Logy» cedió a las caricias de Foxman y dejó de ladrar. Su nuevo amo le dio tres galletas de las que se había acostumbrado a llevar en el bolsillo.

—¿Lo premia? —se asombró Warren.

—Porque se ha callado. ¿Le parece mal?

—Está bien, Foxman, ¿qué es lo que quiere? Pero antes yo le diré a usted que no me gustó nada lo que dijo por televisión, sólo me ha traído complicaciones. Menos mal que la policía ha desmentido lo que usted dijo.

—Yo descubrí el rastro de sangre del vigilante junto a la caseta del perro y, por lo visto, ese rastro de sangre desapareció.

—Usted tomó dos muestras de sangre en la Morgue y las hizo analizar, es lo que me han contado.

—Si se empeña en creer eso, Warren, habré de pensar que usted también está involucrado en la explosión.

—¿Cómo dice, se ha vuelto loco? —preguntó, frunciendo el entrecejo.

Sus pupilas semejaron palidecer aún más.

Estaba acostumbrado a imponerse a los demás.

Ser el patrón, poseer mucho dinero y añadir a ello su elevada estatura y un cuerpo fornido, le habían dado una gran confianza sobre su poder, sobre su influencia en el prójimo que se le ponía delante, pero Foxman no parecía ceder lo más mínimo.

—Un coche salió de la fábrica pocos minutos antes de que se produjera la explosión. El vigilante había dejado un rastro de sangre muy lejos de donde fue hallado y su revólver también fue encontrado muy lejos.

—¿Y quién dice que hubo un coche a esa hora?

—Un testigo.

—Eso es una fantasmada, no existe tal testigo.

—Se equivoca, el testigo existe. En aquel momento pasaba un tren de viajeros por delante de los laboratorios, lo he comprobado. Si pudiera hablar con los saboteadores asesinos, éstos admitirían el paso del tren.

—Si de verdad han tratado de sabotearme, acuda a la policía, Cuénteselo a ellos.

—Qué raro, Warren.

—¿Raro, por qué?

—Los tipos como usted, cuando sufren un golpe bajo, dejan que la policía investigue, pero al mismo tiempo contratan privadamente una investigación paralela para hacer justicia por su mano si pueden.

—¿Insinúa de nuevo que tengo algo que ver con la destrucción de los laboratorios?

—Warren, esos laboratorios se levantaron para fabricar unos antibióticos que han tenido problemas, han hecho más daño que bien.

—Compré el derecho exclusivo de fabricación de los antibióticos PNC porque unos científicos aseguraron que eran inmejorables.

—Pero no están aún suficientemente experimentados y, que yo sepa, ha habido muertes por medicamentosis de este antibiótico

—Eso sólo son hipótesis sin comprobar.

—De todos modos, usted sabe muy bien que este tema está en el Senado para pedir la prohibición del antibiótico P.N.C. en los Estados Unidos.

—Bueno, después de todo, mis laboratorios ya se habían adelantado a esa situación y no utilizamos estos antibióticos en Medicina.

—Mis informes son que los han utilizado para la conservación de alimentos de la cadena del frío y también enlatados, lo que no ha sido muy bien visto por las agrupaciones de consumidores, porque a la larga, ese antibiótico produce enfermedades e incluso la muerte.

—Cualquier medicamento consumido en exceso puede producir la muerte, hasta la simple aspirina.

—De todos modos, usted sabe que se terminará prohibiendo la fabricación del antibiótico P.N.C.

—Bah, eso ya carece de importancia, nadie lo fabrica.

—Es una pena, porque, si mis datos no me engañan, usted vendía muy bien ese producto.

—Si dañaba a la salud, mejor no fabricarlo.

—Para usted no parece demasiado quebranto el que sus

laboratorios se hayan destruido y desaparezcan.

—Si se refiere a que es mi ruina, pues no, no lo es.

—¿Y sus empleados?

—Seguro que encontrarán pronto trabajo, yo mismo los recomendaré a otras empresas. Si yo los tenía empleados es porque eran buenos en su profesión, no le queda duda.

—Es usted un tipo muy seguro de sí mismo.

—Todo lo que hago lo hago bien, Foxman, métaselo en la cabeza.

—¿Nada le falla?

—Nada.

—Qué extraño. Todo el mundo, al conocer las noticias de la explosión, piensa que habrá sido un duro golpe para usted.

—El Rey ha muerto, viva el Rey, han dicho en Europa durante siglos. Yo digo lo mismo; si una empresa muere, nace otra, eso es todo. —Miró al perro y opinó—: Quizás hubiese sido bueno traérmelo para mi mansión en vez de regalárselo.

—«Logy» y yo nos entendemos bien.

—Soy un hombre de palabra, se lo regalé y es suyo, pero si quiere devolvérmelo, le ofrezco quinientos dólares.

—Lo siento. «Logy» y yo somos muy buenos amigos ahora.

—Mil dólares.

—No.

—¿Por cuánto lo vendería?

—A un amigo, por ningún precio.

Jeffrey J. Foxman, acostumbrado a tratar a toda clase de gentes, se había dado perfecta cuenta de que Warren era realmente una máquina de poder, una máquina de avasallar, una máquina de hacer dinero que carecía de sentimientos y para él, todo era traducible en números, números que significan dólares.

—Warren, no sé aún los motivos, pero estoy convencido de que no fue un accidente.

—Eso lo decidirá el juez.

—Sí, sé muy bien que todo está preparado para que el juez diga que sí fue un accidente y nadie volverá a hablar del hundimiento de la empresa, pero hay algo que huele mal en todo esto y descubriré qué es.

—Pues vaya con cuidado, Foxman, no tropiece y al caer se rompa el cráneo.

—¿Debo tomarlo como una advertencia?

—Los consejos, cuando vienen de quien puede darlos con conocimiento de causa, es mejor aceptarlos.

Foxman tuvo la impresión de que desde una de las ventanas de la mansión alguien le estaba observando muy atentamente.

«Logy» también se dio cuenta y emitió unos ladridos sin

levantarse de su posición de asiento de cuartos traseros; no eran ladridos agresivos sino de advertencia.

CAPITULO VII

—¿Qué has descubierto?

El mecánico se hallaba frente a un montón de chatarra que no hacía mucho tiempo fuera un automóvil, si no lujoso, bastante decente y con menos de tres años de circulación.

—Cuando los coches quedan como éste, poco se puede averiguar y mucho menos, sentenciar.

—Pero algo habrás visto, ¿no?

—El freno de mano estaba colocado.

—¿El freno de mano, seguro?

—Sí. Siempre existe la posibilidad de que por la propia colisión haya quedado puesto, pero el sistema de dentado hace opinar que fue colocado antes de la colisión, lo que tampoco demuestra nada, porque quizás tu amigo puso el freno para evitar la colisión.

—No lo creo. Cuando alguien está bebido y ve venir un camión en dirección contraria, no suele poner el freno de mano; quizás use el de pie, pero lo que hará seguro es mover el volante y cambiar de dirección para esquivar el choque.

—Sí, es lo más lógico, pero no creo que lo que te digo convenza a ningún tribunal —dijo el mecánico, encogiéndose de hombros.

—De todos modos, es mejor que me hagas un escrito sobre lo que acabas de contarme.

—¿Me sacarás por la tele? —preguntó, sonriente.

—Quién sabe.

—Oye, si está de por medio el crimen organizado, yo paso de este asunto —le advirtió el mecánico.

—Cuando hay un crimen, en principio nunca sabemos si se traía de un asesinato por venganza personal, robo o un arreglo de cuentas que ha llevado adelante el crimen organizado. De todos modos, si veo la cosa fea, te pondré al margen.

—Mejor, no quiero que me encuentren a mí también dentro de un montón de chatarra como ésta. Además, nunca es seguro del todo que en el coche tuviera el freno puesto, quizás se lo han colocado después del choque.

—¿Tú crees que no se notaría, con las piezas destrozadas intermedias que hay?

—La verdad es que no.

—Bien, súbelo al camión y sígueme.

Foxman se hizo llevar aquel montón de chatarra inservible hasta su *cotagge* y lo depositaron sobre el césped, quedando allí como un monumento trágico al automóvil, a la velocidad.

—¿Y para qué quieres tenerlo aquí?

—Lo tendré un tiempo, nada más.

—Cuando quieras que me lo lleve, me avisas.

Foxman le pagó y el mecánico se llevó su camión grúa mientras el doberman ladraba.

—Bueno, «Logy», no sé si llegaremos a alguna parte. Tenemos pistas para proseguir la investigación. ¿Adónde llegaremos? Quién sabe, quizás a nuestra propia tumba, —El perro le observaba en silencio, como tratando de comprender—, ¿Quién mato a Spencer y por qué? Ya no me cabe duda alguna de que fue un asesinato. Por muy borracho que uno esté, nadie se coloca en el carril contrario en pendiente y con el freno de mano puesto, esperando que un camión en bajada se le eche encima, nadie y menos Spencer que era un hombre que amaba la vida.

Dos claxonazos seguidos le llamaron la atención.

El automóvil se estacionó frente al *cottage*, lo miró y reconoció de inmediato al conductor.

—Hola, Buch.

El detective de la compañía aseguradora se apeó,

—¿Qué es toda esta chatarra, Foxman? ¿Una escultura super moderna?

—No, no llega a tanto, es el coche de mi cámara Spencer.

—¿Spencer?

—Sí, halló la muerte dentro de esa chatarra.

—Ah, sí, algo he oído de eso. Malditos accidentes... Con los accidentes de carretera tenemos la guerra en casa.

—Vamos, Buch, ¿qué has venido a decirme?

—No vas con tapujos, ¿eh, Foxman? Si quieres, vamos a algún sitio a tomar un trago y hablaremos.

—¿De qué?

—De la vida, cosas —dijo ambiguo y sonriente.

—La vida está muy complicada y hablando de ella no la vamos a arreglar; sin embargo, tú tienes algo entre ceja y ceja.

—Foxman, te seré sincero, no me envía nadie, pero me estás buscando problemas.

—¿Yo?

—Sí, no te hagas el idiota que no lo eres,

—Hombre, muchas gracias.

—Foxman, estás investigando demasiado.

—¿Te refieres a los laboratorios de Noah Warren?

—Sí. Has prometido reportaje al respecto y andas buscando datos por todas partes.

—Eso es bueno para la aseguradora, ¿no? Si se demuestra que el siniestro ha sido provocado, pueden cambiar las cosas.

—Yo hice la investigación de rutina, la policía también. Tú me

conoces y sabes que voy de buena fe. He descubierto muchas estafas en los siniestros provocados con afán de cobrar la prima.

—Este podría ser uno de esos casos.

—La policía opina que no y la empresa que me paga el salario dice que hay problemas para pagar y que olvide el asunto y si tú sigues investigando, me obligas a investigar a mí también, porque si descubres algo que yo no he descubierto, luego a mí me darán la patada por inepto pese a que desde más arriba de los jefes que normalmente trato me han dado la orden de que olvide el asunto, que cierre el dossier y el fichero como asunto concluido.

—¿Dices que esa orden viene de muy arriba?

—Ajá, del mismísimo Consejo de Administración, de esos capitostes que los empleados normales no llegamos a conocer casi nunca.

—¿Quiénes son esos altos personajes?

—Foxman, tú sabes tan bien como yo que en la mayoría de las ocasiones no dan a conocer sus nombres, entre otras cosas porque pueden, vender sus acciones y desaparecer para que otros ocupen su lugar. Ellos mismos no desean ser reconocidos por los empleados de las empresas que controlan para no tener presiones, amenazas ni chantajes. Antes era distinto, se daban a conocer con actitudes paternalistas, pero en las últimas décadas son figuras anónimas las que controlan el dinero y montan las empresas o las hacen desaparecer, como dioses en las sombras.

—No me chupo el dedo, Buch, eso es archisabido.

—Bueno, como detective siempre meto las narices en más lugares de los que debiera, deformación profesional, seguramente.

—A mí debe sucederme lo mismo.

—Foxman, ¿te sorprenderías si te dijera que Warren es miembro de la junta superior de accionistas y miembro del Consejo de Administración de la aseguradora que da de comer a mis hijos?

—No me sorprende, algo de eso me olía.

—¿Y cómo va a negarse la aseguradora al pago de la prima si es juez y parte de este asunto?

—¿Y el montante de la prima sube mucho?

—Bastante.

—¿Cuánto es bastante?

—Digamos que un cien por cien más del valor del edificio siniestrado, incluyendo el contenido que eran aparatos muy costosos de laboratorio biológico.

—¿Eso podría justificar que hubiera hundido su empresa?

—No creo, a Warren no le hacía falta ese dinero, no es motivo suficiente, pero prefiero dar por cerrado el asunto, cobrar y se acabó.

—¿Y los accionistas de la aseguradora son sólo un puñado de

financieros o está en manos de muchos pequeños accionistas?

—El cuarenta y nueve por ciento de las acciones pertenecen a pequeños accionistas; el cincuenta y uno, a un grupito reducido entre los que se cuentan Warren.

—Entiendo, de esta forma no pierde nada, sólo se disminuyen en unos puntos los beneficios anuales. No se puede decir que haya sido una desgracia para él la explosión y hundimiento de sus laboratorios.

—No, esos financieros que están podridos de dinero nunca salen perdiendo, hasta de lo que parece una debacle sacan rendimiento y eso ocurre porque tienen los tentáculos metidos en distintas empresas que se suministran unas a otras todo lo que necesitan pese a que oficialmente no tienen conexiones.

—Efectivamente el mundo de las altas finanzas es muy complicado, Buch, pero cada transacción está motivada por intereses, claros y oscuros, y el que sólo sea dueño de una empresa está perdido si las cosas le van mal.

—No sé por qué te he dado tantos detalles, Foxman, detalles que tú conoces tan bien como yo. Será porque si sigues adelante metiendo las narices en este asunto de los laboratorios puedo perder mi forma de ganarme los frijoles, porque si me expulsan de la aseguradora, eso quedará reflejado en la computadora de la oficina secreta de empleos que las empresas consultan antes de dar un buen empleo a alguien. Quedará en la lista negra y ya me veo vendiendo *pop-corns* por las calles.

—Te agradezco tu sinceridad, Buch, pero tengo que investigar, hay demasiadas pistas que me obligan a seguir adelante.

—¿Pistas buenas?

—Pistas.

—Foxman, si apareces por la televisión insistiendo en que se trata de un sabotaje, incluso dando a entender que el propietario Warren tiene que ver en con ello, la junta representativa de los pequeños accionistas de la compañía aseguradora exigirá una revisión a fondo de este asunto y encargarán el caso a una compañía de detectives, declarando mi ineptitud en el asunto.

—Es posible, Buch, pero no voy a olvidar la muerte de mi amigo Spencer porque tú no pierdas tus frijoles. Lo comprendes, ¿verdad?

—No insistas, Foxman, no te dejarán seguir adelante. Yo trato de convencerte por las buenas, pero ellos tienen otros métodos. Warren tiene más negocios aquí y en el extranjero, está metido con sus millones en varias multinacionales. Tú no puedes ni hacerle cosquillas, bastaría que Warren soplara para que tú te vieras envuelto en un huracán que te destrozaría.

Buch, el detective de la aseguradora, suspiró.

Comprendió que no había forma de impedir que Foxman siguiera adelante pese a todo lo que le había dicho.

A bordo de su automóvil se alejó del *cottage*.

CAPITULO VIII

«Logy» se había alzado, agresivo.

Foxman, que conocía su carácter para no dejarlo encadenado en el jardín que carecía de valla, había optado por dejarlo dentro del *cotagge* cuando él se hallaba ausente y sólo lo dejaba suelto cuando él estaba allí, controlándolo; el gran perro podía resultar más que peligroso

«Logy» se acercó a la puerta en actitud atenta.

Al otro lado de la madera, una mujer de estatura mediana, delgada de cintura, con senos atractivos y unas caderas bien redondeadas, puso la mano en el pomo y trató de abrirla cuando el vozarrón del doberman la sobresaltó, obligándola a dar un salto hacia atrás.

«Logy» siguió ladrando con fuerza.

—¡Perro, más que perro!

Evidentemente molesta por verse obligada a retroceder, levantó el puño hacia la puerta.

Miró la chatarra que no muchos días antes fuera un automóvil y pasó a la calle. Algo lejos había estacionado un coche sedán con más de cinco años de uso a cuestas y que sin duda aquella mujer había comprado de segunda o tercera mano.

Subió a él y le dio al contacto. El vehículo se hizo de rogar, no quería ponerse en marcha pese a que el motor estaba caliente. Al fin, el motor produjo el ruido que la mujer deseaba y ésta suspiró, aliviada.

—Maldito cacharro... El día que te haga falta la grúa, la va a buscar tu padre, vale más el pago de la grúa y del mecánico que tú,

Se alejó con el coche y era difícil determinar si es que el vehículo funcionaba mal o bien la mujer no sabía conducir.

Se metió en la ciudad. Cruzó parte de la misma y se estacionó en un lugar que le pareció magnífico, pero como si hubiera estado agazapado esperándola, apareció un policía.

—No puede detenerse delante de la bomba de incendios.

—Sólo era un momentito...

—Tengo que denunciarla.

—No, agente, espere, es que me han cogido palpitaciones y antes de atropellar a nadie, he parado.

El policía la miró atentamente y después, mal disimulando una sonrisa irónica, preguntó:

—¿Quiere que la lleve al centro médico?

—Oh, no, ya se me ha pasado. Muchas gracias, agente.

Puso en marcha de nuevo el coche y maldijo haberlo parado

porque el motor volvía a ofrecer resistencia.

Al fin consiguió ponerlo en la calzada y comenzó a buscar un lugar para estacionarse.

Dio vuelta a dos manzanas y volvió a pasar por delante del agente que la siguió con la mirada. Al fin optó por meterse en un parking privado.

—Encima, a pagar...

Dejó el coche en el recinto y salió caminando.

Se introdujo en un edificio y de su bolso extrajo una llave.

Probó en la puerta y ésta cedió.

Entró suspirando.

—Menos mal —se dijo.

Allí estaba el plato para grabar entrevistas en video o hacer fotografías; también estaba el equipo de grabación de alta fidelidad.

Fue encendiendo luces mirando a un lado y a otro.

En un rincón descubrió una cocinita de emergencia, pero la atrajo más un frigorífico de tipo pequeño, para estudios fin de semana.

Lo abrió y encontró chocolate, mermelada y leche en botellines.

Comenzó a comer sin preocupación al tiempo que paseaba por el estudio.

Conectó las luces de los focos y subiendo a la butaca que solían ocupar los entrevistados, se acomodó en ella.

Así estaba cuando se abrió la puerta y entró Jeffrey J. Foxman que quedó muy sorprendido por las luces encendidas.

Clavó sus ojos en la mujer que se mostró muy poco preocupada por su llegada.

—Hola, Jeffrey.

Se le acercó sin quitarle la vista de encima y preguntó:

—¿Quién eres?

—Laly.

—¿Laly?

—Sí, la mujer de Spencer.

—Oye, ese cuento no me lo trago con facilidad.

—¿Spencer no te hablaba de mí?

—No.

—Pues a mí sí me habló de ti, dijo que no le iba mal contigo. Te he visto algunas veces por la tele, me pareces un tipo estupendo, pero Spencer me advirtió que si me acercaba aquí me dejaba sin un centavo, me retiraba la pensión.

—Spencer estaba divorciado.

—Y yo soy la divorciada, no me he vuelto a casar, palabra.

—La mujer de Spencer está muerta.

—A mí me aseguró que lo estabas.

—No quería verme ni en pintura, pero me pasaba la pensión, de lo contrario le habría montado el espectáculo. Yo no me dejo achicar, claro que como él se portaba bien, yo desaparecí de su mundillo. Soportaba mal que le dijera que era impotente.

—¿Spencer impotente?

—¿No lo sabías? Claro, tú eres macho y tu amigo, no estoy diciendo que fuera homosexual, eso no, pero sí impotente. Le gustaban las mujeres, yo le gustaba, pero no había manera; era como tratar de curarse con un supositorio a cincuenta grados a la sombra, no hay forma de que entre, se deshace entre los dedos.

—Muy expresiva.

—Yo soy una hembra vita! y claro, él no podía soportar que tuviera mis desahogos con otros, por eso llegamos a un acuerdo.

—Muy bien, pero ese tema no me interesa.

—A mí sí.

—Spencer ha muerto.

—Y yo soy su heredera.

—¿Siendo divorciada?

—Eso lo decidirá un juez. Spencer tenía el seguro del coche y yo, como ahora me quedo sola y desamparada, quiero esa prima para mí.

—Te van a dar la tía en vez de la prima.

—Después de todo, siempre puedo intentarlo y mientras, me quedo aquí.

—¿Quéee? —Foxman dio un respingo.

—Sí, he ido a tu *cottage*, pero allí tienes una bestia de perro que me ha asustado.

—«Logy» tiene buen olfato para las visitas.

—No me gustan los perros grandes, me dan miedo, creo que aquí me las arreglaré. ¿Sabes que era modelo fotográfica?

—Pues ya puedes empezar a buscarte trabajo y te alquilas una habitación donde puedas.

—Parece que me estás echando de aquí.

—¿Se nota?

Ella, sin hacerle caso, terminó de chuparse los dedos y dijo:

—Te hace falta tener pan, me gusta el de maíz. Creo que con esa cocinita me las arreglaré.

—No, no, no.

—Sí, sí, sí.

Laly se separó de él y subió al plato iluminado por los focos.

—Si tú eres bueno conmigo, yo seré buena contigo.

—No es necesario que seas buena conmigo.

—¿Vas a desamparar a la esposa de tu mejor amigo que

acaba de morir aplastado por un camión lleno de sacos de cemento?

—Puestas así las cosas... Deja que lo piense mientras vacío los pistones.

Foxman se alejó hacia el lavabo.

Se daba cuenta de que tenía un problema que resolver y todo por culpa de Spencer que debía haberle entregado un duplicado de la llave del estudio a su esposa de la que se había divorciado y preferido decir que estaba muerta.

Cuando regresó al estudio, la mujer había apartado la butaca y estaba en el plato tal como la pariera su mamá, sólo que en estado adulto.

—¿Me haces fotos? Si quieres, puedes filmarme, soy una profesional. Fíjate, fíjate qué perfiles, qué ondulaciones...

Parecía acariciarse a sí misma poniendo la relevancia de sus senos, de sus caderas, de sus glúteos.

—La verdad es que no estás mal.

—Tú no eres como Spencer. Anda, acércate y toca con tus manos mi piel, verás qué suave.

—No me extraña que se divorciara de ti.

—¿Por qué?

—No sé si eres una furcia o una ninfómana.

—Ni una cosa ni la otra, sólo una mujer que no quiere perderse las gozadas a las que tiene derecho. Estoy totalmente liberada, pero no me vendo.

—¿Y a cuántos has conocido?

Ella se rió.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Foxman miró a Laly; era una mujer espectáculo, una *stripper* nata, una mujer provocativa que transpiraba sexy por todos sus poros. Fue hacia la puerta y abrió.

—¿Foxman?

Miró a aquella mujer, más bien alta, rubia y de ojos claros, una mujer de rostro hermoso que vestía un abrigo elegante, nada vulgar.

—¿Y tú quién eres, guapa?

—Ariadne.

—Ese nombre no me dice nada.

—Tengo que hablarle.

—¿De qué?

—De los laboratorios W.

—¿Es urgente?

—Si no quiere, me voy.

—Pasa, pasa.

La recién llegada entró en el estudio del reportero de televisión y descubrió a Laly en el plato, iluminada por los focos.

Laly no parecía tener pudor de clase alguna y la saludó sonriente.

—Hola.

—Comprendo que ahora estuviese ocupado —observó Ariadne.

—No es lo que imaginas.

—¿Ah, no?

—Soy la esposa de su amigo —aclaró Laly.

—Ahora se comprende más.

—Es la esposa divorciada y mi amigo está muerto —puntualizó Foxman. Ya fastidiado, le ordenó a Laly—: Vístete y lárgate.

—¿Largarme? En la calle hace mucho frío y estoy sin blanca y no voy a cometer la grosería de darme unos dólares delante de tu amiguita porque va a pensar que soy una furcia.

—Este es uno de esos momentos en la vida en que uno se compraría un biombo chino de esos que nadie sabe para qué sirven.

—¿Y qué haría con él? —preguntó Ariadne, irónica.

—Poner a esa mujer detrás del biombo y decir: «Abracadabra», a ver si desaparecía.

—¿Será que padece del mismo mal que sufría Spencer?

—¿Y qué mal sufría su Spencer? —preguntó Ariadne, interviniendo de lleno.

—Era impotente.

—Ya está bien, cierra esa boca llena de veneno.

—He venido a buscar mi prima del seguro y no me marcharé hasta que la consiga.

—Ya hablaré mañana con la compañía de seguros.

—Entonces pasaré la noche aquí.

—Ni pensarlo.

—¿Por qué, es que te preparas para estar con ésa? Si se trata de eso, por mí que no sea; yo, como si no estuviera, no molestaré lo más mínimo. Además, no me escandalizo de nada.

—Se nota, se nota —le dijo Ariadne.

Foxman sacó unos billetes del bolsillo y los metió en el bolso de Laly diciéndole:

—Con ese dinero podrás dormir en cualquier hotel, pero aquí no te quedas.

Entonces descubrió la llave y se la quedó.

—¡Eh, que es mía! —chilló Laly.

Trató de quitársela, pero él se la guardó.

—No es tuya, es mía. Spencer trabajaba aquí, pero el estudio es mío. No comprendo cómo te dio ese duplicado.

—¡Eres un puerco!

Malhumorada, se vistió y antes de marcharse le dijo:

—Espero que me arregles lo del cobro del seguro.

Cuando la puerta se cerró tras Laly, Foxman suspiró de alivio.

—Bueno, ya estamos tranquilos. ¿Qué tenías que decirme de la explosión de los laboratorios W.?

—Cien mil dólares —dijo lisa y llanamente la atractiva desconocida.

CAPITULO IX

—Cien mil dólares es una cantidad sabrosa.

—Sí, sabrosa para cualquiera.

—No cabe duda. ¿Qué quieres tomar?

—Nada.

—¿Leche?

—No, nada, nada —dijo ella mirando en derredor con curiosidad, tocando las telecámaras como dándole tiempo a él para que pensara.

—Bueno, cien mil dólares tendrán un motivo, digo yo.

—Sí, claro que lo hay.

—¿Y cuál es?

—Un reportaje sobre el tráfico ilegal de loros en el Brasil y Venezuela.

—¿Tráfico ilegal de loros?

—Ajá.

—¿No será una broma?

—No, no es ninguna broma. Palabra que determinada cadena de televisión pagará por el reportaje, máxime sabiendo que Jota Jota Foxman es el reportero, todos sus reportajes tienen mucha audiencia. Hay más gente de la que supone preocupada por los pájaros exóticos que suben de precio y que por leyes restrictivas originan un tráfico ilegal.

—Imagino que todo eso es cierto, pero ese reportaje no me interesa.

—El reportaje lo comprarán bien y para gastos extras, digamos como mecenazgo, sin nada a cambio, recibirás cien mil dólares.

—¿Y por qué no doscientos mil? —preguntó Foxman, preparándose algo de beber.

Ella se volvió.

—Eso se tendría que discutir.

—¿Contigo?

—No.

—¿Con quién?

—No puedo hablar tanto.

—¿Y quién es el que está interesado en el reportaje de los loros ilegales?

—No puedo decir más. Cien mil dólares a fondo perdido y el reportaje asegurado, me refiero a su pase por televisión y pagado al precio habitual.

—Eso me suena al cuerno de la abundancia.

—Bien. ¿Aceptas?

—He dicho doscientos mil.

—Se tendrá que discutir.

—Y yo insisto con quién.

—¿Puedo llamar por teléfono?

—Sí, claro.

Ella se acercó al teléfono y cubrió el disco con su cuerpo. Comenzó a marcar dándole la espalda a Foxman.

Esperó y después se identificó.

—Soy Ariadne.

Hubo un silencio y la mujer, con mucha claridad, dijo:

—Quiere doscientos mil.

Hubo otro silencio y después colgó tras decir:

—De acuerdo.

—¿Han aceptado? —se asombró Foxman.

—Ciento cincuenta, ni un dólar más.

—De modo que ése es el precio...

—Sí, y es bueno que haya aceptado, bueno para todos. Así cortaremos el tráfico ilegal de loros a los Estados Unidos.

—Qué caritativos sois.

—Creo que ya no hay más que hablar. Recibirá el dinero en billetes.

—Un momento, un momento...

Ella se volvió a mirarle, llevaba las manos en los bolsillos y parecía muy molesta.

—¿Qué quiere ahora?

—Algo más.

—¿A qué se refiere?

—¿Puedo hacerte una grabación? Me refiero a video en color, ya sabes, una grabación para la tele.

—¿A mí?

—Sí. Anda, quítate la ropa.

Ella pareció acuchillarle con sus ojos claros.

—Parece que se equivoca.

—En el precio puedes incluirte tú también, ¿no?

Ariadne, rápida como una serpiente, le abofeteó el rostro y después aguardó la reacción masculina.

Foxman, en vez de ponerse en contra, aplaudió.

—Magnífico, ahora ya sé que no vas incluida en el precio.

—Menos mal que lo has comprendido.

—La verdad, quería llevar el juego hasta el final.

—¿El juego?

—Sí, no pienso hacer el reportaje de los loros ilegales. Puede que sea un buen reportaje para quien no tenga otro entre manos.

—¿Qué trata de decirme? —silabeó ella, chispeándole los ojos, sin rehuir la situación.

—Que no soy tan idiota como para no darme cuenta de que el asunto de los loros o los peces de colores, da lo mismo, no es ni más ni menos que un pretexto para que abandone el caso de la explosión de los laboratorios, pero no voy a dejar esa investigación, sigo adelante con ella.

—Ha dicho que sí aceptaba.

—Me da igual. ¿Quién era el que te hablaba, Warren, o el saboteador? No se puede olvidar que hubo un muerto, el vigilante, y si eres cómplice vas a pasarlo muy mal cuando este caso se vea en la corte de justicia.

—No tengo nada más que hablar. Si no quiere los ciento cincuenta mil por el reportaje de los loros ilegales, es asunto suyo y no mío, yo no he dicho nada más.

—Puedo saber con quién has hablado.

—¿Ah, sí, cómo? —preguntó ella, desafiante.

—Ya te lo demostraré, pero preferiría que me hablaras tú de este asunto.

—No diré nada más.

—Pues yo tengo la noche libre.

—Si trata de retenerme aquí, será un secuestro y le denunciaré a la policía.

—Es que no pienso retenerte.

—Entonces me voy.

—Muy bien, y yo te acompaño.

—¿Adónde?

—Adonde sea, Ariadne. Contigo al infierno si es preciso. ¿Aún no te has dado cuenta de que eres una pista para mí?

Ariadne suspiró, hizo descender sus hombros y al fin dijo:

—El que quiere pagar es quien no desea líos con la compañía de seguros.

—¿Warren?

—Yo no he pronunciado ningún nombre.

—Pero se nota. Primero no hacer preguntas indiscretas si dejas que te invite a cenar.

—¿Qué pretende con esa invitación?

—No cenar solo. La muerte de mi cámara me ha afectado; además la viuda debe estar esperándome por ahí para acosarme. Después de todo, una cena no compromete a nada.

—¿Y si no acepto?

—Te seguiré como un amante en celo.

Ariadne sonrió.

—Está bien, vamos a cenar.

Foxman apagó las luces y salieron a la calle.

Condujo a la enigmática Ariadne al distrito de pescadores, a un

restaurante en el que era conocido y en él fueron atendidos magníficamente en una mesa con vistas a las luces del puerto.

—Bonito lugar. ¿Traes aquí tus ligues?

—No.

—¿Eres un angelito?

—Los angelitos son asexuados y yo no voy a ocultar que el sexo lo tengo bien definido.

Ella carraspeó, bebió un sorbo de vino blanco y preguntó:

—¿Por qué te empeñas en seguir adelante?

—Porque estoy seguro de que todo ha sido provocado, me refiero a que la explosión y hundimiento de los laboratorios tendrá una motivación muy clara. El interés estará metido de por medio, como siempre.

—¿Si no hubiera muerto el vigilante, seguirías investigando?

—No lo sé. Una muerte agrava la situación y estoy seguro de que detrás de todo me encontraré con Warren.

—¿El propietario?

—Sí.

—¿Por qué él?

—No está muy claro aún. No son pocas las veces que los motivos de grandes negocios son muy oscuros, pero quien los lleva a cabo conoce el rendimiento que van a proporcionarle y no le importa el crimen, el desempleo, el hundimiento de edificios ni arruinar a pequeños accionistas de una compañía de seguros y otros motivos que estoy seguro existen pero que desconozco.

—¿Y qué pretendes averiguar?

—Sí.

—¿Y si no hubiera nada más?

—¿Nada más? ¿Un asesinato te parece poco?

—Puede ser un accidente.

—¿Tratas de disculpar a los sabotadores?

—En absoluto, yo no sé nada, sólo me han pedido que te ofrezca cien mil dólares y luego ciento cincuenta mil más por un reportaje sobre la venta de loros ilegales.

—Si sabes de qué va el asunto serás cómplice aunque pretendas lavarte las manos.

—No he podido negarme a hacer de intermediario en el asunto de los loros ilegales.

—Oye, ¿por qué no olvidamos de una condenada vez a los dichosos loros ¡legales?

—Porque yo no sé otra cosa. Tú estás investigando el siniestro de los laboratorios y el que me ha enviado a mí no quiere que tú investigues ese asunto que a mí no me concierne.

—Pues a mí sí me importa. Por cierto, ¿qué empleo tienes tú?

—No pienso decírtelo y tú no eres tan canalla como para torturarme para que hable. La cena ha sido muy agradable, tú te quedarás aquí y yo me marcharé.

—¿Así de sencillo?

—Sí, no me seguirás. No querrás fastidiarme, entre otras cosas porque en este asunto yo no me gano un solo centavo. Ah, la velada me ha parecido muy grata.

Se inclinó sobre Foxman y le dio un beso suave en los labios. Luego se alejó. Foxman la dejó irse sin seguirla. Saboreó el resto del contenido de su copa, pagó, tomó su coche y regresó al estudio.

Una vez allí, se encerró. Extrajo un magnetófono que tenía oculto e hizo correr la cinta. La pasó lentamente y pudo oír el ruido de un teléfono al ser marcado.

Paso la cinta una y otra vez, separando los sonidos correspondientes a cada uno de los números marcados y fue anotando tiempos con un cronometrador de décimas.

Consiguió extraer unos números que marcó en el teléfono al tiempo que utilizaba otro magnetófono para grabar. Pasó las dos cintas al mismo tiempo y parecieron una sola. Suspiró, volvió a marcar el número y aguardó:

—¿Diga?

—Buenas noches, Warren.

El aparato fue colgado de inmediato al otro lado del hilo. Había acertado en su metódica investigación.

CAPITULO X

Detuvo el automóvil frente a su *cottage*.

El primero en saltar al suelo fue «Logy» que comenzó a olfatear y, de súbito, se puso a ladrar con fuerza, agresivamente, mirando hacia la casa.

Foxman, ya en el sendero empedrado y rodeado de césped que conducía al pequeño porche del *cottage*, un *cottage* exteriormente igual a otros que habla en aquella urbanización tranquila y limpia donde los pájaros y las ardillas estaban protegidas para que pudieran saltar de un jardín a otro dando vida, miró receloso la puerta frente a la cual el doberman ladraba furiosamente.

No llevaba ningún arma con que defenderse y estaba seguro de que algo raro ocurría, algo que no iba a ser bueno para él.

Pese a ello, se acercó a la puerta deteniéndose junto al doberman que seguía ladrando, de tal forma que a Foxman no le cabía duda de que había alguien dentro de la casa.

Introdujo el llavín en la cerradura, abrió y se hizo a un lado por si alguien le aguardaba con malsanas intenciones.

El doberman saltó hacia el interior como dispuesto a atacar a alguien y, de pronto, se produjo una horrisona explosión.

La puerta y las ventanas saltaron hechas pedazos en medio de llamaradas.

Parte del techo reventó y las paredes se agrietaron. Se produjo una gran humareda y los restos de la explosión comenzaron a arder

La onda expansiva, pese a estar protegido en parte, hizo salir despedido a Foxman que rodó sobre el césped. Cuando se recuperó, llegaba el guarda de la urbanización.

—¿Se encuentra bien, míster Foxman?

—Sí, sí, yo sí.

La casa ardía y restos de ella estaban esparcidos en un gran radio de acción.

—¿Qué ha sido?

—Un regalo de bienvenida.

No tardó en llegar la policía y los bomberos que apagaron el fuego en pocos minutos.

Los cristales de las viviendas vecinas quedaron hechos añicos e incluso el coche del propio Foxman recibió los impactos de la explosión y quedó visiblemente afectado.

Jeffrey J. Foxman tuvo que pasar un examen médico impuesto por el juez, pero estaba bien, sólo ligeramente conmocionado. Al fin, se vio frente al teniente Munnigan.

—¿Qué ha sido eso, Foxman?

—Un regalo.

—¿Supones quién puede ser el hijo de perra que te ha colocado la bomba en casa?

—No he podido verle, pero estoy seguro de que «Logy» sí sabía quién era, por eso ladraba tanto.

—«Logy» era el doberman, ¿no?

—Sí.

—Buen perro, lástima que haya quedado hecho pedazos. Tú tenías que haber muerto en su lugar.

—Evidente. Me dejaron una tarjeta de visita demasiado sonora.

—Los reportajes que haces te crean demasiados enemigos, supongo que recibes muchas amenazas.

—Algunas.

—Ha sido tu día de suerte.

—Sí, pero el que ha matado a «Logy» lo pagará.

—Si sabes quién es, tienes la obligación de decirlo ahora. No puedes tomarte la justicia por tu mano, Foxman, eso va en contra la ley.

—Ya le dije, teniente, que junto a la caseta del perro, en la explosión de los laboratorios W., había un rastro de sangre.

—¿Me acusas de negligencia en mi trabajo?

—Munnigan, creo que no es necesario decirle que el asunto de los laboratorios no fue llevado muy bien por la policía, ésa es mi opinión. Por televisión dije que descubriría todo lo que había en este sucio asunto y lo haré. Pese a que asesinaron a Spencer, a que han tratado de volarme a mí y que ha muerto un perro en mi lugar, seguiré adelante.

—Spencer estaba bebido, nadie puede demostrar lo contrario. En cuanto a ti, tienes muchos más enemigos de los que serían de desear, puede haber sido cualquiera de ellos. Por supuesto, nosotros investigaremos la explosión, aunque esa clase de regalos dejan pocas pistas.

—Yo no tengo por qué actuar con tantos legalismos, Munnigan; seguiré con mi reportaje y a mi manera.

—Puedes verte en la cárcel por obstrucción a la justicia o por tomarte la justicia por tu mano.

—No sigas comiéndome el coco, teniente, no soy uno de esos adolescentes que van a la discoteca.

El teniente Munnigan quedó con la mirada reconcentrada viéndole alejarse; habían herido al tigre y ahora éste se revolvía

contra sus atacantes, era una postura lógica.

—No se puede pasar —le dijo el portero de la mansión Warren cuando Foxman se dirigió a ella.

Foxman frunció el ceño y se alejó; por el espejo retrovisor observó que el portero sonreía.

Se dirigió a la emisora de televisión y pidió hablar con el jefe de programación.

—Quiero una cuña para promocionar mi próximo reportaje.

—¿Una cuña? Si no te hemos comprado el próximo reportaje... Ya sabes que el contrato especifica que el reportaje será comprado siempre que interese.

—El reportaje será sobre la explosión de gas de los laboratorios industriales Biological W. Company.

—Bah, eso ya está pasado, no interesa.

—No hace mucho dijiste que sí interesaba.

—Lo dije cuando este asunto aún quemaba, pero ya se ha enfriado. Las cosas de la televisión reportaje son así y tú lo sabes; lo que hoy interesa, mañana puede ser viejo.

—Nos conocemos hace tiempo, Bob —rezongó—. Nunca me has hecho una faena.

El jefe de programación sonrió forzosamente.

—Ni pienso hacértela, Foxman, eres un buen reportero, sólo que al no estar en nómina, al ser libre, tú vendes y a un buen precio, y cuando uno vende, se expone a que no le compren, es la ley de la oferta y la demanda.

—De todos modos, el reportaje no está hecho aún pero se puede colocar una cuña

—No.

—¿Y pasar alguna entrevista? Ya sabes que eso se hace mucho.

—Foxman, sería bueno que te tomaras un descanso, sí, sería muy bueno; luego podrías reentrar con más fuerza.

—Tú no eres toda la televisión de este país.

—Es lógico. Si quieres ir a otra televisora, es tu problema.

—Bob, me estás defraudando. Sería una pena que un tal Warren te hubiera dicho lo que tienes o no que contratar.

—Warren no me ha dicho nada.

—No es preciso que lo diga Warren con su propia voz. Por cierto, ¿figura Warren entre los accionistas de esta televisora?

—No lo sé ni me importa.

—Yo atacaré a Warren por donde más le duela. Si al caer él te arrastra a ti, la verdad, Bob, no lo sentiré.

Le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta. El jefe de programación, sin moverse de su silla, le interpeló:

—¡Foxman!

Volvió la cabeza.

—Siento que te volaran la casa.

—A mi perro también le molestó mucho.

—Foxman, no es nada personal, no lo olvides.

Foxman prefirió no responderle, tenía un sabor agrio en la boca.

Warren debía estar preocupado cuando le estaba cerrando tantos caminos para que no siguiera adelante, pero no abandonaría aquel asunto en vía muerta, aunque tuviera que chocar de frente con el millonario Warren.

CAPITULO XI

En su estudio, malhumorado, Jeffrey J. Foxman pasaba una y otra vez las grabaciones que tenía sobre el caso de los laboratorios saboteados. Había incluido grabaciones del coche destruido de Spencer, de su casa arrasada por la goma-2.

Estuvo haciendo un cuidado montaje para que el reportaje tuviera más garra televisiva, las imágenes pasaban y se mezclaban. El reportaje comenzaba a tener buen cuerpo, pero le faltaba motivación y, por supuesto, la voz en *off* que Foxman solía colocar para explicar mejor lo que presentaba.

Llamaron a la puerta.

Desconectó el video-tape y fue hacia la puerta. Al descubrir a Laly, torció el gesto.

—No pongas tan mala cara, se te nota demasiado —se quejó ella, internándose en el estudio. Se sentó en una butaca y preguntó—: ¿No tienes nada para beber?

—Por favor, Laly, tengo trabajo y luego he de marcharme.

—Pues me dejas aquí.

—Ni lo sueñes.

—¿No te fías de mí?

—No te molestes, pero la verdad es que no.

—Y yo que creía que eras el mejor amigo de Spencer —dijo ella, sacando un cigarrillo para comenzar a fumar.

—Si él mismo prefirió decir de ti que habías muerto.

—Ya sabes nuestra historia, pero, en el fondo. Spencer me conocía: de lo contrario no me hubiera enviado la llave para que la guardara.

—¿La llave, dices?

—Sí, esta llave —le mostró una llave muy brillante y más bien pequeña, como las usadas en los buzones domésticos.

—La llave de este estudio te la quité yo.

—Sí, ésa sí, la tenía desde hace tiempo, y como no vine por aquí a daros la lata, Spencer no te pidió que cambiaras la cerradura.

—¿Y dices que te mandó esta llave pequeña?

—Sí, para que la guardara.

—¿De dónde es?

—Pues, no lo sé, olvidó decirme de qué apartamento era.

—Déjamela ver.

—¿Para qué me la quites como hiciste con la del estudio?

—El estudio es mío.

—Y la llave, mía. Me la envió Spencer por carta, pero ese tonto siempre se olvidaba de algo.

—De todos modos, si no quieres que la vea, peor para ti —dijo

Foxman, encogiéndose de hombros.

—¿Peor para mí, por qué?

—Quizás yo podría ayudarte a averiguar de dónde es esa llave.

—Bueno, pero no me la quitarás.

Foxman la tomó entre sus dedos. La observó durante unos segundos y opinó:

—Pertenece a una taquilla.

—¿Taquilla, dices?

—Sí, una taquilla pública.

—Qué raro. ¿Y para qué me enviaría la llave de una taquilla?

¿Para qué la quiero yo? Si fuera de un apartamento o de un *bungalow* en la playa...

—Lo que no sé es a qué taquilla pertenece, me refiero si a la estación marítima, a la de ferrocarril, a la de autobuses o a la del aeropuerto.

—¿Y qué crees que puede haber en esa taquilla?

—No lo sé.

—Podía habérmelo dicho en la misma carta que me la envió, ¿no te parece?

—Sí, supongo que debió decirte algo; quizás ha metido un tesoro en esa taquilla.

—¿Un tesoro? —los ojos de Laly brillaron.

—Lo malo es que debe ser de una taquilla de monedas y cuando se pasa el tiempo y faltan monedas, el encargado se hace cargo del contenido.

—¿Y qué hace con lo que encuentra en la taquilla?

—Lo guarda en un almacén y si se quiere recuperar hay que pagar digamos una multa o compensación, claro que si puso monedas para un tiempo largo...

—Creo que ya sé lo que voy a hacer.

—¿Buscar la taquilla?

—Sí. A lo mejor encuentro los ahorros de Spencer. El juez dice que no tengo derecho a la prima del seguro de accidentes, pero eso ya lo veremos, pagaré a un buen abogado.

Foxman vio alejarse a aquella mujer provocativa y con pocos sesos, una mujer que, sin duda, desconocía lo que significaba la palabra «responsabilidad».

CAPITULO XII

Pasó varias horas aguardando dentro del automóvil, vigilando la puerta de la mansión Warren. Un patrullero que ya se había fijado en él por segunda vez, se detuvo y le pidió la documentación.

—Ah, es el reportero de televisión Foxman...

—Sí.

—¿De trabajo?

—Nunca se sabe, oficial!

—Que tenga buena suerte.

—Gracias.

El patrullero se alejó, dejándole tranquilo.

Se hallaba casi a dos manzanas de distancia de la mansión Warren, pero en sus poderosos prismáticos podía ver a quienes entraban o salían a bordo de los automóviles, porque nadie entraba ni salía a pie.

Al fin descubrió lo que deseaba, un coche mediano de color blanco y verde.

Foxman puso el suyo en marcha y salió tras él sin llamar la atención, esperaba no perderlo de vista.

Salieron de la ciudad.

Ya a veinte millas, el coche que seguía se adentró en un club marítimo-deportivo y Foxman hizo lo propio.

La mujer se dirigió al restaurante que tenía una gran terraza en arco. Foxman la siguió hasta la mesa y al llegar a su altura le preguntó:

—¿Podemos almorzar juntos?

—¡Jeffrey!

—Hola, Ariadne.

Foxman se sentó, sin más, y tomó la carta con naturalidad. Ariadne se preparó un cigarrillo.

—¿Me has seguido?

—Sí.

—¿Qué piensas conseguir?

—No lo sé, ya ves que soy sincero.

—Olvídalo Jeffrey; Warren tiene demasiado dinero y los dólares son poder.

—Dejarle tranquilo sería tanto como sentenciar que el que tiene dinero también tiene derecho al crimen, que está por encima del bien y del mal en beneficio de su lucro particular o para continuar sosteniéndose en la poltrona de su soberbia.

—Te eliminarán.

—Ya lo han intentado.

—Siento lo de tu casa, Jeffrey, pero la próxima vez no fallarán.

—De ahora en adelante andaré con más cuidado y llevo ya un arma conmigo.

—¿Un arma? Eso puede ser peligroso.

—Sí, especialmente para el que quiera asesinarme.

—Te prometo que no sabía nada de la casa, ignoraba lo que sucedió.

—¿Quién eres tú, en realidad?

—La secretaria personal de Warren, al que debo fidelidad profesional. ¿Satisfecho?

—Debes tener en tus manos muchos de los secretos de Warren.

—Sí, pero no lo que tú llamarías trapos sucios.

—Si supieras que actúa criminalmente, ¿lo denunciarías?

—Saber no es tener pruebas. Además, en ocasiones sólo conocemos unos pocos datos que no redondean toda la verdad.

—¿Tenían beneficios los laboratorios industriales?

—Si te digo que sí, no falto a ningún secreto; la fabricación del antibiótico P.N.C. era muy rentable.

—No se comprende entonces que le haya importado poco que haya dejado de fabricarse.

—Me temo, Jeffrey, que los antibióticos P.N.C. no dejarán de fabricarse.

—¿Ah, no?

—No. Parece ser que como Warren tiene la exclusiva de fabricación de este producto y ha dado palabra de honor y me imagino que hasta habrá firmado algún documento también de que no fabricará este antibiótico en los Estados Unidos, el Senado le dará largas a su veto oficial.

—¿Qué van a tomar? —preguntó el *maître*.

Mientras almorzaban, prosiguieron la conversación a la que Foxman trataba de dar naturalidad. Ariadne tampoco parecía dar importancia a los informes que facilitaba, puesto que quedaban al margen de los crímenes.

—Si nuestro Senado no autoriza ese antibiótico por las estadísticas que posee relativas a su peligrosidad, Warren puede fabricarlo en alguna de sus filiales en el extranjero con la máxima impunidad y venderlo por todo el mundo, especialmente en las áreas de influencia yanqui.

—Así es. Algunos países lo han vetado, ya no podrá entrar en ellos, pero hay otros países que pueden comprar. Además, no sólo se va a usar en farmacias si no en la conservación de productos cárnicos, enlatados, pescados, etc., con otro nombre industrial, claro. Es más, muchos de los empleados parecían haberse quedado sin trabajo han recibido ofertas de fábricas extranjeras, ya me entiendes, fábricas que dependen del poder de Warren,

aunque no se sepa de forma oficial.

—Entonces, cabe decir que la desaparición de sus laboratorios le interesaba. Evadía el veto del Senado en contra de ese antibiótico que a la larga mata más que sana, destruye sus laboratorios y cobra la prima del seguro que sube más de lo que realmente valían, un negocio más a añadir a su cuenta. Después se venderá el solar o levantará quién sabe qué, allí.

—Sí, todo encaja, pero no existen pruebas que puedan acusarlo a él de la explosión de gas.

—Ni de la muerte de mi cámara Spencer, ni de la voladura de mi casa.

—No podrás detener la rueda de los negocios de Warren, todo está encadenado, planifica bien sus acciones, claro que si supiera que estoy hablando contigo, posiblemente perdería mi empleo.

—Cuando terminemos, me esfumaré, no quiero perjudicarte. Me doy cuenta de tu buena voluntad y la agradezco. —Hizo una pausa y dijo—: Hay una forma de hundir a Warren.

—¿Ah, sí, cuál?

—Que sea vetado oficialmente y con mucha publicidad el antibiótico P.N.C., que esa prohibición salte las fronteras y salga publicada en todas las revistas médicas y de alimentación.

—Eso no lo conseguirás.

—¿Por qué estás tan segura?

—Mira aquel yate, el más grande.

—Sí. —Foxman se volvió hacia los grandes ventanales.

—A bordo está el senador Borler.

—¿Has venido a entrevistarte con él?

—Sí, daremos un paseo por mar. Al senador Borler le gusta la pesca del pez espada.

—¿Ese es el senador que lleva este asunto entre manos, me refiero al de la prohibición de fabricar antibióticos P.N.C.?

—Sí, pero no se te ocurra acercarte a él ahora. Ah, he venido al restaurante porque me he dado cuenta de que me seguías.

—¿Me has reconocido?

—He identificado tu coche. Como verás, he puesto de mi parte el máximo de buena voluntad.

—Ese senador es de fácil corrupción, ¿verdad?

—Warren tiene intereses en muchas partes y a ese senador le hace falta dinero para mantener su *standing* de vida y su próxima campaña electoral, no todos son limpios. Posiblemente él, aceptando la palabra de honor de Warren, crea que este antibiótico maligno ya no va a fabricarse más en los Estados Unidos.

—No, aquí, no, y el resto del mundo que se pudra. Cuando en

otros países pueden constatar que es más maligno que beneficioso, ya se habrá hecho mucho daño, Warren tendrá los beneficios que busca y podrá permitirse el lujo de dejarlo de fabricar totalmente. Mientras, piensa explotarlo hasta que saque de él hasta el último dólar.

—A Warren —dijo Ariadne— no le hace falta un millón ni diez, pero no puede dejar quieta su máquina de ganar dinero; creo que si diera carpetazo a sus negocios para vivir de sus millones, su cerebro se autodestruiría, no podría soportarlo.

—Comprendo, es el vicio de ganar millones, caiga quien caiga.

Poco después, Ariadne se alejaba hacia el yate.

Foxman salió en dirección a su automóvil y de él extrajo la pequeña telecámara japonesa, equipada con un poderoso objetivo de aumento.

CAPITULO XIII

Laly había estado en la estación marítima y en la de ferrocarriles. Llegó a la del aeropuerto y al verse ante el larguísimo panel de taquillas automáticas para guardar maletas, quedó pensativa.

Miró una vez más su llave, observó el número y luego lo buscó en las taquillas, paseándose por delante de ellas.

Al fin, halló el número que buscaba y con cierta emoción, la introdujo en la cerradura y esta cedió.

Con manos trémulas abrió la taquilla y cuando dentro esperaba encontrar una maleta o un maletín, conteniendo algo importante de lo que podría sacar un puñado de dólares, descubrió una caja que guardaba una cinta de video-tape.

Cogió la cinta, incrédula. La observó por todos los costados buscando por lo menos alguna nota que dijera algo y no halló nada, por lo que se la guardó en el bolso y abandonó el lugar.

No tenía mucho dinero y optó por telefonar al estudio de Foxman.

—¿Sí?

—Soy Laly.

—¿Has encontrado algo?

—Sí, una cinta para magnetoscopio.

—¿Una cinta, dices?

—Sí.

—¡Tráetela en seguida a mi estudio!

—¡Es mía!

—De acuerdo, tráetela y podrás ver lo que contiene.

—Bueno, no tengo pasta para pagar el taxi, estoy en el aeropuerto.

—Coge un taxi y cuando llegues aquí yo lo pagaré.

—¡Espera, Jeffrey!

—¿Sí?

—¿Por qué te interesa tanto esta cinta?

—No lo sé, tráetela y veremos si contiene algo que merezca la pena. Quizás sea una nueva versión del Pato Donald. —No fastidies... Ahora mismo cojo el taxi.

Después de pasar la grabación un par de veces por el magnetoscopio. Laly preguntó intrigada:

—¿Qué es esto, una película de misterio?

—Más o menos.

—¿Hacíais películas de detectives para la tele?

—No.

—¿Entonces?

—De este asunto no vas a sacar un dólar, Laly.

—¿No?
—Me temo que no.
—Y Spencer, ¿qué quería sacar de esto?
—¿La muerte, por qué?
—Spencer cometió una estupidez y le costó muy cara.
—¿Por qué no aclaras el rollo?
—Laly, de este asunto es mejor que sepas poco.
—Un momento, un momento, la cinta es mía. Spencer me la dejó a mi, sólo a mí.
—Te la dejó a ti por si le pasaba algo poder recogerla.
—Si no me la das, te denuncio a la policía.
—¿Te pones brava?
—Tengo muy poca pasta y por hallar la forma de tener más, haré lo que sea.
—Puedes denunciarme, pero si te quedas esta cinta y no la entregas a la policía, te pueden caer tres años de cárcel.
—¿Qué dices? —dijo un brinco.
—Sí, tres años. ¿Te apetecen?
—Jeffrey, tú me tomas por tonta y quieres burlarte de mí.

—En absoluto, sólo quiero ayudarte y capturar al asesino de Spencer, ahora ya no cabe ninguna duda de que fue un asesinato. Tengo un testimonio pericial de que el freno de mano del coche estaba puesto cuando lo arrollaron y ahora ya tengo el motivo, no creo que el juez se eche hacia atrás.

—No entiendo nada.

—Mira, toma cien dólares y date una vuelta por ahí, busca trabajo, porque de este asunto no te vas a enriquecer, métetelo en la cabeza.

—Decididamente no tengo suerte —suspiró—, y lo peor es que te creo; si fueras otro, desconfiaría y pensaría que tratas de engañarme para quedarte tú el pastel. —Miró los billetes con resignación—. Veremos qué puedo hacer.

—Laly, tú estabas divorciada de Spencer, es mejor que pienses en abrirte brecha en la vida por ti misma.

—No, si la brecha ya la abro, pero no cobro.

Laly no opuso resistencia a que Jeffrey J. Foxman guardara la cinta magnética en su caja fuerte, con otras que allí tenía a buen recaudo. Era su materia! de trabajo, los reportajes que vendía.

Salieron del estudio.

Llevó a Laly al centro de la ciudad y allí la dejó frente a la vida, una vida que jamás se había tomado muy en serio.

Cuando se alejó con su coche, por el retrovisor la vio voltear su bolso en el aire; iba a ser difícil que volviera a casarse, sus tendencias naturales la abocaban a la vida fácil que a la larga

quizás resultaba la más dura y desagradable, pero ¿quién podía impedirlo?

Se dirigió a los laboratorios destruidos por la explosión donde había gran movimiento de trabajadores, dos bulldozers cargaban un camión tras otro para llevarse escombros.

Se rescataba cuanto pudiera ser útil aún y el resto era considerado como cascotes.

Vio la caseta de «Logy» y se acercó a ella.

El suelo alrededor de la caseta había sido movido con una azada y comprendió por qué los rastros de sangre habían desaparecido.

—Eh, no se puede estar aquí —le advirtió uno de los obreros, con casco de plástico.

—¿Dónde está el capataz?

—¿Para qué quiere verlo?

—Para hacerle una pregunta.

—Un momento.

Al poco se le acercó un hombre alto y grueso de brazos poderosos.

—¿Buscaba algo?

—Quería preguntarle si ya tiene orden del juez para llevarse las ruinas.

—¿Orden del juez?

—Sí, todo esto pertenece a un caso *subjudice*.

—Oiga, no me lie. Yo he recibido orden de limpiar esto, de dejar sólo el almacén de la izquierda y el resto, como la palma de la mano. Es un magnífico solar. A propósito, ¿quién diablos es usted?

—Jota Jota Foxman.

—¿El de la tele?

—Sí.

No queriendo decir nada más, se alejó y con el coche se detuvo junto a la primera cabina telefónica que encontró.

Desde allí llamó a la policía preguntando por el teniente Munnigan.

—¿Qué pasa ahora, Foxman?

—¿El juez ha fallado ya el asunto de la explosión de los laboratorios de Warren?

—No, eso está al caer. ¿Algo nuevo?

—Sí, tengo cosas nuevas e importantes que decir.

—¿De qué se trata?

—Se lo cuento en otro momento. Ahora será conveniente que, si no hay orden en contra, se detenga las obras de limpieza de las ruinas de los laboratorios. Si el juez no ha fallado al respecto, no creo que se puedan mover los cascotes porque pueden surgir

nuevas pruebas respecto a lo sucedido.

—¿Es que alguien está removiendo las ruinas?

—Se lo están llevando todo y si no lo para nadie, yo dejaré bien claro ante el juez que le avisé a usted de lo que estaba pasando.

—Después de todo, considero que no hay nada malo en que se lleven los cascotes.

—Nunca se sabe, siempre puede quedar alguna pista que los bulldozers se llevarían por delante.

—¿Por qué tienes tanto interés en que se detenga el desescombro?

—Para fastidiar a Warren. ¿Le parece poco, teniente?

Y colgó.

CAPITULO XIV

El senador Borler sonreía plácidamente, pero Jeffrey J. Foxman, perspicaz, se daba cuenta de que estaba tenso y receloso pese a su apariencia externa.

—¿Qué es lo que desea de mí, Foxman?

—Que siga adelante con la prohibición oficial de fabricar el antibiótico P.N.C. y la condena expresa de este producto, puesto que se ha comprobado que a medio y largo plazo daña más que sana. Existen completos estudios al respecto que supongo obran en sus manos.

—Es un asunto que está pendiente de ser llevado a la cámara, pero no creo que haya ninguna prisa, ya que los laboratorios han sido destruidos y no se puede fabricar más.

—Hay existencias en los almacenes.

—Pero me han dado palabra de que esas existencias, que están controladas, no serán expedidas.

—Parece tener usted mucho interés en postergar este asunto, senador.

—No veo por qué hay que acelerar este caso cuando hay prioridad en muchos otros asuntos.

—Senador, tengo pruebas más que suficientes para denunciar a Warren.

—¿Denunciarlo, por qué?

—Porque fue él quien ordenó a sus secuaces el hundimiento de los laboratorios. Con ello creaba una cortina de humo respecto a esos malditos antibióticos. Usted posterga ahora el asunto en el Senado y él, con las manos libres, se pone a fabricar este producto en sus filiales en el extranjero para distribuirlo rápidamente por todo el mundo. Cuando se haya llenado los bolsillos de oro con los succulentos beneficios que obtiene gracias a ese maldito medicamento, será tal de. Habrá hecho mucho daño en cantidad de países, la condena contra ese producto y su fabricante llegarán tarde. Warren se habrá lucrado con la muerte y la enfermedad de mucha gente, especialmente de niños.

—¿No lo pinta usted demasiado negro?

—Senador, usted sabe que no. Si se retrasa la condena de ese antibiótico en el Senado para que no se fabrique más, evitará que los ciudadanos de los Estados Unidos enfermen y mueran por causa de ese medicamento, pero favorecerá que los ciudadanos de otros países sí sean víctimas del P.N.C. o en otras palabras, de la ambición incontrolada de Noah Warren.

—Mi deber es velar por nuestra nación.

—¿Y los ciudadanos del resto del mundo, especialmente de los

países del área de influencia americana, que se pudran?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero lo deja entrever. Los ciudadanos americanos que se salven y los ciudadanos de los países amigos y aliados que se envenenen mientras Warren pueda hacer negocio y deduzco que usted tomará su parte en este pastel.

—¿Está acusándome de soborno?

—¿Sabe quién es Kapok?

—Pues no recuerdo ahora; asisto a tantas entrevistas —respondió, pero ya como un gato, con las uñas listas para defenderse.

—Es un relaciones públicas de Warren, o guardaespaldas, que viene a ser lo mismo, otros le llaman agente de representación. Kapok siempre anda en torno a Warren y estoy seguro de que usted le conoce bien.

—No puedo decir que sí ni que no; simplemente, no recuerdo.

—Muy política su respuesta; voy a hacer una llamada por teléfono, si no le importa.

—Como quiera. ¿Desea que me retire?

—No, no, todo lo contrario.

Tomó el teléfono, lo desahorquilló y marcó un número a la vista del senador que observaba en silencio.

—¿Kapok?

El senador no pudo oír la voz que sonaba al otro lado del hilo.

—Soy Foxman, tengo algo muy interesante que decirte.

—¿Y qué es? —preguntó Kapok.

—A! fin he averiguado por qué asesinasteis a mi cámara Spencer. Al oír aquellas palabras, el senador palideció.

—No sé de qué me habla, Foxman, tengo trabajo —trató de cortar Kapok.

—Un momento, Kapok. Voy a contarte un pequeño cuento, será rápido, entre otras cosas porque la factura de este teléfono la paga el senador Borler.

El senador pasó del amarillo al rojo y como movido por un resorte se puso en pie.

—Un momento, Kapok. Por favor, senador, no se vaya, debe usted oír el resto de la conversación.

—Lo que usted hace es intolerable, está abusando de mi hospitalidad.

Dejando el micro del teléfono abierto para que Kapok pudiera oír lo que decían, respondió al político:

—Una traición es que se fuera usted al yate de Warren a negociar el asunto de darle largas al antibiótico P.N.C. para que Warren, fabricándolo en el extranjero, siguiera engordando su bola de oro.

—Cada país es libre de aceptar o rechazar un medicamento o la fabricación del mismo.

—No son tan libres cuando se fabrica bajo el imperativo de una multinacional yanqui. Hay lazos en apariencia invisibles que son más duros que unos grilletes de acero. Por favor, siéntese, ahora sigo con usted. —Se volvió más hacia el micro del teléfono, seguro de que Kapok, el relaciones públicas de Warren, lo había escuchado todo—. Kapok...

—Sí, ¿qué pasa?

—Spencer, desde lo alto de una grúa, al día siguiente de la explosión de gas que destruyó los laboratorios, tomó grabación magnética para televisión sobre todo lo que veía y su pequeña telecámara japonesa iba provista de un magnífico teleobjetivo. Pudo captar tu imagen con mucha precisión, especialmente cuando dejabas caer unas llaves disimuladamente entre los cascotes.

—¿Yo, unas llaves? Qué estupidez.

—Sí, las llaves de los laboratorios, las llaves que abrieron las puertas a los que sabotearon la industria farmacéutica, llaves que le fueron arrebatadas al vigilante al asesinarle.

—Eso no se lo cree nadie.

—Spencer tuvo su fallo, su debilidad. Pensó que podía hacerte chantaje con esa cinta de video, debió suponer que así sacaría el dinero suficiente para sentirse tranquilo de problemas económicos durante bastante tiempo. No contó con que gran parte de los chantajistas mueren a manos de sus víctimas. Tú, Kapok, lo asesinaste para que no hablara, pero yo tengo la grabación en la que tu imagen está muy clara. Dejaste caer las llaves del vigilante entre los cascotes porque no podías llevártelas y la noche antes, para salir, tenías que abrir y cerrar la puerta con ellas. Te fue fácil desprenderte de esas llaves en medio de la montaña de cascotes humeantes, pero tuviste la mala suerte de que Spencer estaba en lo alto de una grúa filmando. Ah, yo no soy ningún chantajista.

Sin más, colgó el teléfono, no quiso dar tiempo a Kapok para que replicara.

Había salido de las trincheras para el asalto a la bayoneta, lo sabía.

—Lo que ha hecho usted en mi propia casa es intolerable. Al recibirle aquí no he pensado que llegara a ser capaz de lo que ha hecho.

—¿Cómo quiere que me comporte después de que han volado mi casa, precisamente cuando creían que yo iba a estar dentro, cuando han asesinado al cámara Spencer, cuando han volado los laboratorios W. tras asesinar al vigilante y cuando pretenden

seguir fabricando el antibiótico P.N.C. para que cientos de miles de personas inocentes enfermen y mueran? ¿Cómo quiere que me comporte, senador? ¿He de ir con mucho cuidado al hablar con usted?

—¡Yo no sabía nada de esto! —protestó el político con viveza.

—¿Declarará en rueda de prensa todo el dinero que ha recibido de manos de Warren para que éste no salga perjudicado?

—Insisto en que no sabía nada.

En aquel momento sonó el mismo teléfono desde el que hablara Foxman.

Los dos lo miraron; Foxman desvió su mirada hacia el senador que se acercó al aparato y lo descolgó.

—¿Sí?

Aguardó un instante, tenso, y al fin asintió:

—Sí, está aquí.

Y miró a Foxman muy pálido.

CAPÍTULO XV

—Has llevado muy mal este asunto, Kapok.

—Ese sucio de Foxman es un auténtico diablo...

—Has dejado demasiados rastros, cuando me habías dicho que todo había salido bien.

Kapok intentó disculparse.

—Hay veces en que las cosas no salen bien y uno no sabe por qué.

—Foxman tiene ya demasiadas pruebas, nos va a comprometer a todos. Te ordené que lo eliminaras.

—Lo intenté, pero aquel maldito perro lo estropeó todo.

—Sí, el perro que te identificó. Tú lo dormiste, pero pudo reconocerte pese a todo. Si hubiera podido hablar, ya estarías en la cárcel.

—El perro ya no ¡admirará más y a Foxman también le cerraremos la boca.

—Es más que urgente que así sea, el senador ha cogido miedo.

—Al senador se le puede volver a encauzar, yo me encargo de ello, patrón.

—Tú siempre te encargas de todo, pero no siempre sale bien todo.

—¿No me cuidé de llevarme el día anterior, que era domingo, todo el valioso instrumental de los laboratorios para que fuera aprovechable en las industrias filiales que usted tiene en diferentes países y a las que le cobrará ese material como si fuera nuevo? Todo ese montante sube a millones de dólares.

—Sí, rescataste el material que se consideró perdido y que la compañía de seguros ha pagado. No iba a ser tan estúpido como para hundir el edificio destruyendo todo ese material científico tan costoso. Por cierto, ¿dónde está ahora todo el material?

—En un *container*, en el puerto.

—¿No hay peligro de que lo descubran?

—No, claro que no. Sería trágico, la prueba de que usted mismo ha destruido sus laboratorios.

—De las muertes, el responsable eres tú, tú y tus secuaces.

—Que pagué con su dinero, patrón.

Warren fulminó a su empleado con la mirada.

—No vuelvas a hablarme en ese tono, Kapok, podrías arrepentirte.

—Estamos en el mismo negocio, patrón. Foxman trata de hundirnos a todos y hay que evitarlo.

—Actúas como un hombre asustado, Kapok, y los hombres asustados no me gustan.

—Dice que nos tiene acorralados. No sabemos cuántas pruebas tiene contra nosotros y hay que actuar de inmediato.

—Eso es lo que espero —gruñó Warren—, que actúes de inmediato. Imbécil ¿a qué esperas? Hay demasiada gente sobornada en este asunto, se han destruido pruebas. ¿Vamos a asustarnos ahora por las bravatas de Foxman?

—¿Cuál es el riesgo que podemos correr?

—En las circunstancias en que estamos, todos, hay que actuar rápidamente.

—Creo que lo mejor sería capturarlo y obligarle a que nos dijera todo lo que sabe y qué pruebas tiene; especialmente interesa recuperar la cinta de video que me compromete, la cinta que le costó la vida al cámara que intentó chantajearme.

—No debiste matarlo sin que te dijera dónde la guardaba.

—Me mintió cuando le hicimos presión; dijo que lo había visto pero que no había llegado a filmarlo.

—Pues ya has visto que esa cinta existía.

—¿Capturamos a Foxman y lo torturamos? Eliminarlo luego dentro de un tonel que se pueda rellenar de cemento será muy fácil.

—Adelante, Kapok. Yo estaré presente en el interrogatorio, no quiero que esta vez se escape nada. Foxman me ha desafiado y tengo que hundirlo, es mal enemigo y un enemigo de su clase es mejor que esté muerto.

—Opino lo mismo, patrón. ¿Puedo emplear cualquier estrategia para capturarlo?

—Es una pregunta estúpida. ¿No te parece, Kapok?

* * *

Foxman miró interrogante a aquella mujer de abundante cabello negro y ojos marrones, con una ligera deformación en la boca, que le sonreía.

—¿No te acuerdas de mí?

—Claro, tú eres Debra, la mujer que vio salir el coche de los laboratorios la noche de la explosión.

—Menos mal que no me has olvidado. ¿Cuándo saldré por televisión?

—No lo sé. Estoy componiendo mi reportaje, es una labor larga. Yo no tengo un programa semanal; hago un reportaje, si es bueno me lo compran y si no lo es, jamás aparece en la tele.

—Con lo difícil que es salir por la tele, sólo faltaría ahora que no lo programaran. Mi informe fue bueno, ¿verdad?

—Sí, pero intuyo que has venido a decirme algo más.

—Yo también tengo mis aficiones de detective, ¿sabes?

—Bueno, si no tienes problemas...

Foxman comenzó a impacientarse, la visita le irritaba en aquellos momentos. Estaba molesto, sabía que tenía muchos hilos de aquel caso pero no iba a entregarlos a la policía hasta que Warren estuviera bien enredado en ellos, y que sabía de la habilidad del multimillonario para corromper en su entorno a golpe de dólares. Sin embargo, había algo en aquella mujer que le atraía y le intrigaba y no sabía decir el qué.

—He llegado a la conclusión de que los asesinos saboteadores quieren asesinarle.

—Sabía conclusión. ¿Por qué no te vas y me lo cuentas en otro momento?

—¿No me crees?

—Sí, claro. Los asesinos se ven acorralados y resuelven matar al reportero que les acosa. La semana que viene verán la segunda parte del telefilme... —dijo, engolando la voz para imitar a los locutores de la televisión.

—He estado vigilando porque soy muy curiosa y he visto que junto a tu coche han aparcado un furgón. Cuando vayas a coger tu coche, te secuestrarán y se te llevarán y todo estará perdido para ti.

—Es cierto, ya no podré escapar y me veré con un pijama de cemento.

—Eso, eso es lo que te harán.

—Muy bien, tengo mucho miedo e iré con cuidado. Ahora, déjame tranquilo, que tengo mucho trabajo.

—Yo ya te lo he advertido y eso no lo he visto en ninguna película de la tele.

—¿Ah, no?

Finalmente consiguió liberarse de Debra y comenzó a preguntarse si tendría valor el testimonio de una mujer como ella frente a un fiscal que la dejaría por tonta.

No obstante, había algo en aquella mujer que le intrigaba, pero las preocupaciones que le absorbían en aquellos momentos hicieron que dejara de pensar en ello.

Warren estaba acorralado, pero aún no se atrevía a entregar sus pruebas al teniente Munnigan, o mejor sería darlas directamente al fiscal.

Preparó unos folios escritos a máquina exponiendo sus conclusiones y el material de que disponía y con estas hojas abandonó el estudio dispuesto a hablar con el fiscal. Si éste aceptaba cuanto le decía, llamaría rápidamente al juez y la maquinaria de la justicia aplastaría a Warren.

—Si te mueves, te convierto en un colador y no estoy solo. Notó el objeto duro contra sus riñones.

Se ladeó ligeramente y vio a un desconocido. Luego, de reojo, a poca distancia, observó que había otro con una gabardina y ocultando su mano, una mano que sin duda estaba armada con una pistola.

—Si queréis matarme, podéis empezar a disparar.

—No será necesario matarte si eres razonable, Foxman —le dijo aquel tipo con voz bronca, empujándole hacia el furgón que se hallaba aparcado delante de su coche.

Cuando fue introducido en el furgón, dentro del mismo descubrió a un hombre al que ya conocía bien.

—Kapok.

—Bien venido a bordo.

Y le descargó un culatazo en mitad de la frente que le sumió en la negrura de una dolorosa inconsciencia.

Sus rodillas se doblaron y cayó sobre el piso del furgón que se puso rápidamente en marcha.

CAPITULO XVI

Cuando Foxman despertó, la cabeza le dolía horriblemente. Se levantó ligeramente y recibió una patada en plena cara que le causó un gran dolor físico.

Quedó de nuevo boca abajo y se mantuvo así mientras escuchaba una voz que decía:

—Despacio, Kapok, le has dado demasiado fuerte, si quieres que hable has de empezar más suave.

Un zapato se apoyó contra su pecho para obligarlo a dar la vuelta.

Sabía que tenía que reaccionar con viveza, era una oportunidad desesperada, una oportunidad a tumba abierta. Si continuaban golpeándole, sus fuerzas físicas irían mermando y quedaría completamente en manos de sus secuestradores, los hombres de Warren.

Cogió el pie y con una fuerza y una rapidez que sorprendió a todos lo levantó y retorció al mismo tiempo, proyectándolo contra el propio Warren.

Kapok reaccionó de inmediato y con la porra que llevaba en la mano para castigar a su víctima, golpeó a Foxman pero no le acertó en la cabeza como pretendía si no en el hombro. Foxman acusó el golpe, pero no se dio por vencido y pudo esquivar el segundo impacto.

—¡Túmbalo! —ordenó Warren.

Otro de los secuaces que ayudaban a Kapok empuñó su pistola, pero vaciló y esta vacilación la aprovechó Foxman para lanzarse contra él con la intención de arrebatarle el arma para poder defenderse.

Mas, mientras la sujetaba, la pistola se disparó por dos veces.

Uno de los impactos dio en la pared y el otro alcanzó al mismísimo Warren que se quedó sentado donde estaban sin poder articular palabra.

Kapok se lanzó como una fiera sobre Foxman, golpeándole.

Este trató de quitárselo de encima de una patada, pero no era fácil.

Forcejearon y Foxman dobló sus rodillas por la lluvia de golpes que recibió.

—¡Atadle las manos a la espalda! —gritó Kapok, babeando.

Foxman sangraba por la boca y el oído, también tenía la frente abierta por un culatazo sin contar los golpes que tenía en todo su cuerpo.

Kapok se inclinó sobre Warren.

—Patrón, ¿cómo se siente?

El millonario tenía la mano en el costado; la apartó ligeramente, sus dedos estaban manchados de sangre.

—Estoy herido.

—Será mejor llamar a un médico inmediatamente.

—Doctor Herson, date prisa, estúpido, que me muero.

De súbito, como si se arrancara una venda de los ojos, Kapok comprendió que si Warren moría, cuanto estaba haciendo, crímenes incluidos, no iba a servir de nada.

—Patrón, yo necesito un millón de dólares.

—¿Qué dices, Kapok, qué dices? Date prisa, llama al doctor Herson.

—Sí, sí, lo llamaré en seguida, pero yo quiero un salvavidas en este naufragio y pienso que un millón de dólares lo es. Imagínese que el fiscal encontrara las pruebas que Foxman tiene en contra mía.

—Date prisa, Kapok, date prisa, la bala me mata... Te daré el millón, te lo daré, pero date prisa.

—Gracias, patrón, sabía que sería comprensivo, pero el millón lo quiero ahora.

—Ahora no puedo dártelo, ¿no ves cómo estoy? —le dijo, trabajosamente.

—Sé que tiene dinero arriba en la caja. Déme las llaves y el número, le prometo que sólo cogeré un millón, nada más. Comprenda que debo tomar mis precauciones. Si usted se muere me deja con lo puesto y perseguido por la policía.

—¡Kapok, te daré el millón cuando venga el médico! —gimió.

—No te lo dará, Kapok —masculló Foxman sentándose en el suelo con las manos atadas a la espalda y la cara cubierta de sangre.

—¡Me lo va a dar!

—Kapok, palabra que te daré el millón, pero apresúrate...

—Lo quiero ahora. Si se muere, ¿quién me lo va a dar luego?

El que tenía la pistola gruñó:

—Yo también quiero mi parte.

El tercer secuaz añadió:

—Y yo también y seguro que Walter, que está en la furgoneta, también quiere la suya.

—El barco se hunde, Warren, las ratas quieren saltar al mar. Usted se muere y le dejan solo.

—¡Hacedle callar! —ordenó Kapok, revolviéndose rabioso.

El que estaba junto a él le amenazó con la pistola.

Foxman se echó hacia atrás.

—Tranquilo, me callaré —dijo mirando al tipo de la pistola que en aquel instante parecía más preocupado en saber qué tajada sacaba de aquel pastel que Kapok pretendía arrancarle a Warren.

Kapok, nervioso, pues intuía que la vida de Warren se acababa, le revolvió la ropa hasta sacar un llavero.

—Déme la combinación de la caja, palabra que el doctor vendrá en seguida.

—Kapok, quien manda todavía soy yo.

—¡Yo quiero trescientos mil! —gritó el de la pistola.

—Y yo también —dijo rápidamente el otro; eran como buitres, dispuestos a repartirse la carroña.

—Tranquilos, con dos millones habrá para todos y yo sé muy bien que Warren...

Se abrió la puerta de improviso y apareció el teniente Munnigan seguido de varios agentes.

Todos iban armados y los hombres de Warren no se resistieron al verse en inferioridad numérica y sin escapatoria alguna, puesto que se hallaban en los sótanos de la mansión de Warren.

—Kapok, tus manos.

—Maldita sea. ¿Cómo ha venido?

—Una mujer nos ha avisado del secuestro. —Se volvió hacia Foxman—. ¿Estás muy mal herido?

—No, sólo llevo un poco de maquillaje. Por cierto, ¿dónde está el hada buena que ¡es ha hecho llegar a tiempo?

—Ahí fuera —dijo Munnigan que se volvió hacia Warren—, Ahora vendrá una ambulancia.

—No, ya no hace falta.

—Espere, no se muera... ¿De verdad hizo sabotear sus laboratorios?

—Sí, Foxman tiene razón, ya no merece la pena seguir callando.

Dicho esto, lentamente, dobló la cabeza. El millonario expiró con los ojos abiertos, una mirada siempre mordida por la ambición.

EPILOGO

Por televisión pasaron el reportaje de Foxman, un reportaje que salpicó al senador Borler que tuvo que presentar su dimisión. Otros consiguieron escabullirse de las salpicaduras, pero el reportaje cumplió su cometido.

—¡Magnífico! —exclamó Ariadne, besándole efusiva.

En la soledad del estudio, sentados ambos en el pequeño sofá frente al televisor, Foxman confesó:

—Te juro que no te identifiqué con la tal Debra.

—Fue una casualidad que descubriera lo del laboratorio, me refiero al coche, cuando regresaba en tren. Miré expresa mente hacia los laboratorios porque pertenecían a mi propio jefe y me extrañó ver ese coche. Cuando supe lo de la explosión, sorprendí una conversación de Warren y comprendí que había sido él. Por eso, al oír tu petición de testigos, me presenté con la peluca negra y una pieza dentaria dentro de la boca para deformar un poco el rostro. Ah, y unas lentillas para cambiar el color de mis ojos.

—Tú sabías que iban a secuestrarme, ¿verdad?

—Sí, oí lo que hablaban Kapok y Warren. Había dejado un pequeño *walkie-talky* escondido y captaba todas sus conversaciones, por eso pude avisarte. Ya ves que he colaborado en todo momento, lo que no deseaba era darme a conocer, tenía miedo, he de confesarlo. Warren era un hombre con demasiados contactos y podía hacerme mucho daño.

—Te has portado con mucha valentía, Ariadne, y menos mal que llegaste a tiempo, aún no sé cómo te hizo caso el teniente Munnigan,

—Porque fui directamente al fiscal y éste pidió su intervención tras identificarme yo como la secretaria de Warren y pasarle la grabación que tenía del diálogo habido entre Kapok y Warren.

—No le harán cargos a Munnigan, pero tampoco tendrá ningún ascenso. Ahora será mejor que hablemos de ti y de mí.

—¿Por qué no hablamos en silencio. Jeffrey?

—Aprobado. ¿Te quitas tú la ropa o te la quito yo?

Sonó el timbre y ambos miraron hacia la puerta.

—¿Quién será? —preguntó la muchacha.

—Por si es Laly, no abro.

Y, lentamente, comenzó a desnudar a Ariadne mientras, tras la puerta, Laly torcía el gesto, se encogía de hombros y se alejaba. Había olido a perfume y se había dado cuenta de que estaba de más.

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.